



Woolf, Virginia

Un cuarto propio / Virginia Woolf ; adaptado por Lucrecia Radyk ; Agustín Alzari ; ilustrado por Cristina Rosenberg. - 1a ed. - Santa Fe : Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe, 2018.

100 p. : il. ; 25 x 18 cm. - (Redes de tinta)

ISBN 978-987-1026-35-7

1. Literatura. I. Radyk, Lucrecia , adap. II. Alzari, Agustín, adap. III. Rosenberg, Cristina, ilus. IV. Título.

CDD 823

Un cuarto propio (Colección Redes de Tinta)

Este libro es una producción del Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe.



Autoridades

Gobernador de la Provincia de Santa Fe

Ing. Miguel Lifschitz

Ministra de Educación de la Provincia de Santa Fe

Dra. Claudia Balagué

Coordinación Editorial

Esp. Carina Gerlero

Lic. Norma Abrahan

Lic. Diego Gurvich

Lic. Marcela Rosales

Lic. María del Huerto Pini

Traducción: Lucrecia Radyk

Adaptación y edición: Lucrecia Radyk y Agustín Alzari

Ilustraciones: Cristina Rosenberg

Diseño: Liliana Agnellini y Verónica Franco

Corrección: Milena Bertolino

© Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe, 2018.

Los libros encierran cuentos, novelas, historias de las ideas, conocimiento infinito y se constituyen como elementos fundamentales para el desarrollo cultural de los pueblos. Desde el Gobierno de la Provincia de Santa Fe queremos impulsar que esos contenidos sean liberados en cada aula, en cada casa, con el objetivo de incentivar la imaginación, el aprendizaje y promover el diálogo. Por ello avanzamos con esta iniciativa que se basa en retomar aquellos clásicos de la literatura como una forma de aportar al desarrollo educativo y cultural de los santafesinos entendiendo que esta articulación hace posible la transformación social.

La política educativa santafesina se basa en la inclusión educativa, el desarrollo de aprendizajes socialmente significativos y la escuela como el escenario privilegiado donde niñas, niños, jóvenes, docentes y familias se encuentran a construir un lenguaje común. La experiencia de la lectura compartida, como instancia dialógica, promueve los valores de la igualdad, el respeto por las opiniones, permite el consenso, el disenso, la argumentación y la reflexión. Pero, sin duda, lo más importante es que promueve la construcción de ciudadanía y los valores esenciales de la convivencia en comunidad.

Espero que a lo largo de sus vidas tengan la oportunidad de muchas lecturas compartidas, de muchas tertulias literarias, que los hagan crecer como protagonistas de sus propias historias y nos hagan crecer a todos como sociedad democrática.

Ing. Miguel Lifschitz
Gobernador de Santa Fe

Cada encuentro con un libro es una explosión de sentidos. Las manos se deslizan por la página en una caricia que enseguida se convertirá en chasquidos que la pasan hacia adelante; los ojos hacen una mirada para abarcarlo todo, y luego se detienen a disfrutar formas y colores; muy cerca de la cara, el aroma inconfundible “a libro” que transporta a las noches de cuentos al borde del sueño.

Luego, se desata la avidez por recorrer letras e imágenes, incluidos los blancos silencios, para saber qué dice este libro. Entonces comienza un viaje al centro de la imaginación del que nunca volvemos siendo los mismos.

Después de la experiencia de leer un libro, después del motor de la curiosidad que acelera el ritmo para saber quién está, cómo es, qué hace, cómo termina... después de la experiencia de imaginar tantas historias a partir de una, se transforma lo que sabemos, lo que creemos, lo que sentimos sobre cada pedacito del mundo.

Y justo en ese punto, el libro y la escuela se dan la mano en una alianza indisoluble e infinita.

Porque la escuela propone, al igual que los libros, sumergirse en nuevas experiencias para crecer, para crear, para transformarnos y transformar la realidad en que vivimos.

Aun en el acto individual de la lectura hay un sentido colectivo que se fortalece, porque la historia siempre es parte del patrimonio cultural de una comunidad, y porque además de la experiencia personal, cada historia moviliza al encuentro con otros para compartirla. Así acontece la magia de la transmisión, de la que la escuela, como institución social, es artífice.

En la provincia de Santa Fe, creemos que es muy importante este momento en que este libro, que atesora una historia, llega a tu encuentro en el marco de una tertulia literaria.

¿Sabés qué significa estar de tertulia? Es encontrarse con otros para conversar, para recrearse. Es como estar de fiesta. Así que en esta tertulia comienza una maravillosa experiencia para compartir en el aula, y también para llevar a casa, para disfrutar, imaginar, conversar y recrearse en familia.

Todos los que trabajamos por la educación, y por hacer con ella un mundo mejor, celebramos que con este libro en tus manos explotan todos tus sentidos. Un nuevo proceso de creatividad y aprendizajes se pone en marcha para no detenerse jamás.

Dra. Claudia Balagué
Ministra de Educación de Santa Fe

Las tertulias literarias: de las Comunidades de Aprendizaje a Escuela Abierta

Desde el Gobierno de la Provincia de Santa Fe llevamos adelante una política educativa que tiene como propósito la inclusión con calidad educativa y la escuela como institución social. En este marco, se implementan los programas Escuela Abierta y Comunidades de Aprendizaje que, en esta oportunidad, se articulan en una propuesta que involucra la edición de este libro y la implementación de una práctica pedagógica innovadora que fortalece los procesos de lectura y escritura a través de tertulias literarias en toda la provincia.

Escuela Abierta es un programa de formación permanente con miras a desarrollar nuevos conocimientos para la acción transformadora que caracteriza a todo proceso educativo. Tiene su origen en el marco de acuerdos federales, constituyéndose en la forma específica que adquiere el Programa Nacional de Formación Permanente en Santa Fe.

Desde la implementación de este Programa en 2014, el Gobierno de Santa Fe pone en valor la formación docente desde una mirada centrada en las instituciones educativas, con carácter colectivo y contextualizado, donde emergen la reflexión compartida y los acuerdos institucionales como aspectos centrales en el desarrollo de la tarea y profesión docente para todos los niveles y modalidades del sistema educativo santafesino. El proceso de formación propuesto posibilita compartir material bibliográfico actualizado y conferencias de especialistas en distintos temas que atraviesan la educación tales como: "Nuevos formatos de enseñanza"; "Educación, territorio y comunidad"; "Autoevaluación institucional"; "Participación, convivencia y ciudadanía", "Trayectorias estudiantiles", "Educación Sexual Integral" y la "Prevención de Consumos Problemáticos de Sustancias y Adicciones".

Actualmente, el desafío se basa en trabajar la enseñanza y el aprendizaje de la lectura, la escritura y la comprensión de textos. Entendiendo que estos aprendizajes de complejidad creciente no se reducen a una técnica sino que habilitan la posibilidad de constituir un pensamiento crítico, la construcción de ciudadanía y de un proyecto individual y colectivo de emancipación.

Así, se propone un trabajo coordinado con Comunidades de Aprendizaje, un programa que surge de una iniciativa articulada con el Centro de Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento (CIPPEC) y el Instituto Natura, basado a su vez en la participación de la comunidad en el proceso educativo y en cuyo seno cobran sentido las tertulias literarias como estrategia específica que permite otro modo de acceder a la lectura; otro modo de acceder a los clásicos universales de la cultura.

De la experiencia desarrollada aprendimos que las tertulias literarias son una estrategia pedagógica que permite tomarse el tiempo y construir el espacio para escuchar y escucharse, para construir un pensamiento reflexivo, para pensar, crear e imaginar con otros distintos escenarios ante situaciones cambiantes.

En esta nueva etapa, realizamos este y otros libros y los acercamos a los niños, niñas, adolescentes, jóvenes y adultos que atraviesan el sistema educativo de Santa Fe y a sus docentes; desarrollamos una formación docente que fortalece su implementación en las escuelas y acompañamos con los equipos territoriales de Escuela Abierta y Comunidades de Aprendizaje a las escuelas en este nuevo desafío; que no es ni más ni menos que el desafío de educar ciudadanos solidarios, libres, críticos y comprometidos.

¿Cómo hicimos el libro?

Los libros tienen un autor pero además son el fruto de otras muchas miradas. Antes de que llegue a las manos del lector, alguien tiene que escribirlo (¡este fue creado hace 82 años!), el ilustrador hacer los dibujos, el editor revisar el texto y las imágenes, el diseñador buscarles el mejor lugar en la página, y finalmente, cuando todos quedaron contentos, el corrector debe luchar por encontrar erratas (así se les dice a los errores de los libros): esas esquivas criaturas que se esconden como piojitos entre los renglones y las hojas. Una vez terminado ese trabajo se envía a la imprenta donde lo fabrican.

Para esta edición le pedimos a Lucrecia Radyk que realice una traducción original. Nada fácil, por cierto, ya que antes que ella lo había hecho Jorge Luis Borges. Lucrecia consultó el Borges y otras tres traducciones muy buenas y dio, tras un trabajo de meses, con la suya propia. Entonces adaptamos esta flamante traducción de *Un cuarto propio* para lograr una "versión abreviada", sin cambiar las frases, ni la estructura de los capítulos, pero reduciendo la obra para que pueda ser editada en nuestra Colección.

La ilustradora Cris Rosenberg, cuya línea y estilo se emparenta con aquella Londres de Woolf, realizó los dibujos que acompañan este libro. No aparecen en ellos personajes ni rostros definidos.

Nada que fije un sentido. Nos interesaba librar a la imaginación de los lectores esos detalles. Los libros de ensayo son especiales, y proponen a los editores un camino singular. Tan singular y único como el pensamiento de Virginia Woolf.

Virginia Woolf

UN CUARTO PROPIO



Este libro tiene su origen en dos conferencias que dio Virginia Woolf en octubre de 1928, en la Arts Society de Newham y en la Odtta de Girton, respectivamente.





UNO

Pero, me dirán, le pedimos que hablara sobre las mujeres y la literatura. ¿Qué tiene que ver eso con un cuarto propio? Intentaré explicarlo.

Cuando me pidieron que hablase sobre las mujeres y la literatura, me senté a orillas de un río y allí reflexioné sobre el significado de estas palabras. El título «Las mujeres y la literatura» puede aludir al modo de ser de las mujeres; o a las mujeres y las obras que ellas escriben; o a las mujeres y las obras que se escriben sobre ellas; o a una mezcla de todo lo anterior. Esta última opción fue la que me pareció más interesante, pero en seguida descubrí un gran inconveniente. Sería imposible llegar a una conclusión. Sería imposible cumplir con lo que yo entiendo es el primer deber del conferencista, es decir, ofrecerles, después de una hora de exposición, una perla de sabiduría que pudieran conservar entre las páginas de sus cuadernos para siempre.

Lo único que podía hacer era compartir una opinión sobre un tema menor: una mujer debe tener dinero y un cuarto propio para escribir novelas y cuentos, y esto, como verán, deja sin resolver el inmenso problema de la verdadera naturaleza de la mujer y la verdadera naturaleza de la literatura. Eludí la responsabilidad de llegar a una conclusión acerca de estas dos cuestiones; las mujeres y la literatura continúan siendo, según entiendo, problemas irresueltos. Para compensar esta falta, haré lo posible por explicar mi opinión sobre el cuarto propio y el dinero. Intentaré mostrarles cómo he llegado a esta opinión, para darles la posibilidad de sacar sus propias conclusiones al observar mis limitaciones, mis prejuicios e idiosincrasia.

Les propongo, para ello, recurrir a todas las libertades y licencias propias del novelista, para contarles la historia de los días anteriores a mi llegada aquí; contarles cómo fue el camino de mi pensamiento cuando, agobiada por el peso de estos temas que cargaba a mis espaldas, los consideré en relación con mi vida cotidiana. No necesito aclarar que lo que desarrollaré a continuación carece de existencia real; la ciudad de Oxbridge, con sus universidades, es una invención; «yo» es solo un término conveniente para alguien que no existe. La ficción, en este caso, será más verdadera que los hechos.

« Lo único que podía hacer era
compartir una opinión sobre
un tema menor: una mujer debe
tener dinero y un cuarto propio
para escribir novelas y cuentos... »





DOS

Debo pedirles que imaginen un cuarto, como otros miles en la ciudad de Londres, con una ventana que dé por encima de los sombreros de la gente, las camionetas y los autos, a otras ventanas; sobre la mesa del cuarto hay una hoja en blanco donde han escrito en grandes letras «Las mujeres y la literatura», solo eso. De manera inevitable y lamentablemente, debía visitar el Museo Británico. Era necesario separar lo que era personal de aquello que fuera accidental en todas aquellas impresiones para alcanzar el fluido puro, el aceite esencial de la verdad. Una visita a Oxbridge donde había almorzado y cenado me había atraído un enjambre de preguntas. ¿Por qué los hombres bebían vino y las mujeres agua? ¿Por qué uno de los sexos era tan próspero y el otro tan pobre? ¿Cuál es el efecto de la pobreza en la literatura? ¿Cuáles son las condiciones necesarias para la producción de obras de arte? Un millón de preguntas surgían al mismo tiempo.

Sin embargo, necesitaba respuestas, más que preguntas; y las respuestas solo las obtendría al consultar a los sabios y a los justos, que se han elevado por encima de las peleas verbales y de la confusión del cuerpo, para volcar luego las conclusiones de sus razonamientos e investigaciones en libros que se encuentran en el Museo Británico. Si la verdad no se ofrece en el Museo Británico, ¿dónde está la verdad?, me pregunté, guardando en mi bolso un cuaderno y un lápiz.

Así provista, segura y curiosa, salí en busca de la verdad. Si bien no llovía, el día era sombrío, y en las calles próximas al museo abundaban las carboneras abiertas, adonde caían montones de sacos, y los coches de cuatro ruedas que se detenían y depositaban en las veredas cajas atadas que contenían —probablemente— el guardarropa completo de alguna familia suiza o italiana, atraída por la posibilidad de fortuna, refugio o algún otro bien preciado que puede hallarse en las casas de huéspedes de Bloomsbury durante el invierno. Hombres con voz ronca, como era habitual, recorrían las calles con sus puestos ambulantes de plantas. Algunos gritaban, otros cantaban. Londres era como un taller. Londres era como una máquina. Nos impulsaba a todos hacia atrás y hacia delante sobre este fondo liso, para componer un dibujo. El Museo Británico era uno más entre los departamentos de esta fábrica. Las puertas giratorias se abrieron; allí uno quedaba parado bajo esa cúpula enorme, como si uno fuera un pensamiento en una frente enorme, lisa y sin pelo, espléndidamente rodeada de una cinta de nombres famo-



sos. Uno se acercaba al mostrador, tomaba una hojita de papel, abría uno de los volúmenes del catálogo, y.... Estos cinco puntos suspensivos indican cinco minutos de fascinación, asombro y desconcierto. ¿Tienen alguna idea la cantidad de libros que se escriben sobre las mujeres en un año? ¿Saben cuántos libros han sido escritos por hombres? ¿Son conscientes de ser, quizás, el animal que más se ha analizado en el universo? Aquí había venido yo con un cuaderno y un lápiz con la idea de pasar una mañana leyendo, suponiendo que ese tiempo sería suficiente para

extraer la verdad y transferirla a mis páginas. Pero para poder abarcar todo esto hubiera necesitado ser una manada de elefantes y toda una jungla de arañas (invoqué desesperadamente a los animales que tienen la reputación de vivir más años y de poseer la mayor cantidad de ojos). Necesitaría garras de acero y un pico de bronce para romper la cáscara. ¿Cómo habría de encontrar los granos de verdad contenidos en esta masa de papel? Me pregunté y, con desesperación, comencé a recorrer con la mirada la extensa lista de libros de arriba abajo. Ya simplemente los títulos me movían a la reflexión. El sexo y su naturaleza bien podría atraer a doctores y biólogos; sin embargo, era sorprendente y difícil de explicar que el sexo (es decir, el sexo femenino) hubiera capturado también el interés de ensayistas entretenidos, novelistas de dedos ágiles, jóvenes con títulos universitarios especializados en artes, hombres que no tenían ningún título, hombres que no tenían ninguna cualidad, salvo la de no ser mujeres. Algunos de estos libros eran, en apariencia, frívolos y humorísticos; pero muchos de ellos, por otro lado, eran serios y proféticos, morales y apremiantes. Era suficiente leer los títulos para imaginar innumerables maestros de escuela, innumerables clérigos sobre plataformas y púlpitos exponiendo con una locuacidad que excedía por mucho la hora que se suele conceder a estos discursos. Era un fenómeno por demás de extraño; y aparentemente —aquí consulté la letra M— correspondía estrictamente al sexo masculino. Las mujeres no escriben libros sobre los hombres; un hecho que no podía dejar de agradecer con alivio, porque si debía leer

primero todo aquello que los hombres habían escrito sobre las mujeres y después los libros que las mujeres habían escrito sobre los hombres, la planta de aloe que florece una vez cada cien años daría flores dos veces antes de que yo pudiera escribir una palabra. Así, elegí de un modo por completo arbitrario alrededor de una docena de títulos, envié los papelitos con los pedidos a la bandeja correspondiente, y esperé sentada en un banco, entre otros buscadores del aceite esencial de la verdad.

¿Cuál sería la razón, entonces, de esta curiosa disparidad?, me pregunté, mientras dibujaba ruedas de carro en los papelitos que los contribuyentes británicos proveen para otros fines. ¿Por qué las mujeres, según este catálogo, resultan tanto más interesantes para los hombres, que estos últimos para las mujeres? Parecía un hecho más bien extraño, y comencé a imaginar las vidas de los hombres que pasan su tiempo escribiendo libros sobre mujeres; si eran viejos o jóvenes, casados o solteros, de nariz colorada o jorobados. De cualquier manera, una se sentía vagamente complacida al saberse objeto de semejante atención, siempre y cuando no se debiera únicamente a débiles y tullidos. Así divagaba hasta que estos pensamientos frívolos se interrumpieron por una avalancha de libros que cayó en mi escritorio. Ahora comenzaban mis problemas. Los estudiantes que han sido entrenados en Oxbridge sin dudas tendrán algún método de investigación, que consigue guiar los interrogantes cual ovejas, esquivando cualquier distracción, para llegar a una respuesta certera, tan fácilmente como los animales entran en su corral.

Estaba segura de que el estudiante sentado a mi lado, era uno de ellos. Copiaba asiduamente de un manual científico, extrayendo pepitas del mineral puro, cada diez minutos o algo así. Sus pequeñas exclamaciones de satisfacción así lo indicaban. Sin embargo, si lamentablemente uno no ha asistido a la universidad, la respuesta, en lugar de guiarse certeramente, deambula erráticamente como un rebaño asustado perseguido por los perros. Profesores, maestros, sociólogos, clérigos, novelistas, ensayistas, periodistas, hombres que no tenían ninguna cualidad especial, salvo el no ser mujeres, persiguieron la respuesta a mi simple y única pregunta: «¿Por qué algunas mujeres son pobres?», hasta que esta se volvió cincuenta preguntas. Cada página de mi cuaderno contenía notas. Para mostrarles el estado mental en que me encontraba, les leeré algunas de ellas; la página se titulaba simplemente «LAS MUJERES Y LA POBREZA», en mayúsculas, pero lo que seguía era algo así:

Condición en la Edad Media de,
Hábitos en las Islas Fiyi de,
Adoradas como diosas por,
Más débiles en sentido moral que,
Idealismo de,
Más escrupulosas que,
Las habitantes de las islas del Mar del Sur, edad de la pubertad entre,
Atractivo de,

Ofrecidas en sacrificio de,
Tamaño pequeño del cerebro de,
Subconsciente más profundo de,
Menor cantidad de bello corporal de,
Inferioridad física, moral y mental de,
Amor por los niños de,
Vida más larga de,
Músculos más débiles de,
Fortaleza afectiva de,
Vanidad de,
Educación superior de,
Opinión de Shakespeare sobre,
Opinión de Lord Birkenhead sobre,
Opinión del Deán Inge sobre,
Opinión de La Bruyère sobre,
Opinión del Dr. Johnson sobre,
Opinión del Sr. Oscar Browning sobre,

Aquí tomé aliento y agregué en el margen, «¿Por qué Samuel Butler escribe: “Los hombres sabios nunca dicen lo que piensan de las mujeres”? Los hombres sabios parecen no hablar de ninguna otra cosa». Pero, continué, recostándome sobre la silla y mirando a la gran cúpula bajo la cual yo era un pensamiento aislado, si bien algo hostigado, lo desafortunado es que no se pongan de acuerdo en sus opiniones sobre las mujeres. Esto dice Pope:

«La mayoría de las mujeres carecen de todo carácter».

Y esto La Bruyère:

«Las mujeres son radicales: son mejores o peores que los hombres».

Una franca contradicción entre dos pensadores que fueron contemporáneos. ¿Son capaces de educación o no? Napoleón las consideraba incapaces. El Dr. Johnson pensaba lo contrario: «Los hombres saben que las mujeres son más capaces que ellos, por eso eligen las más débiles e ignorantes. Si no pensarán así, no temerían que las mujeres se educaran tanto como ellos», escribió Boswell en *Diario de un viaje a las Hébridas con Samuel Johnson*. ¿Tienen alma o no? Algunos salvajes afirman que no. Otros, al contrario, sostienen que las mujeres son semidioses y las adoran por ello: «Los antiguos germanos creían que había algo sagrado en las mujeres, y por lo tanto las consultaban como oráculos», escribió Frazer en *La rama dorada*. Algunos sabios opinan que sus pensamientos son más superficiales, otros que tienen una conciencia más profunda. Goethe las honraba; Mussolini las despreciaba. Dondequiera que uno mirara, los hombres tenían opiniones sobre las mujeres, y todas eran diferentes. Era imposible entender algo de todo eso, decidí, mirando con envidia al lector de al lado, que hacía resúmenes prolijos, con puntos como A, B, o C, mientras mi propio cuaderno era una confusión de apuntes

contradictorios. Era angustiante, era desconcertante, era humillante. La verdad se me había escurrido entre los dedos, hasta la última gota.

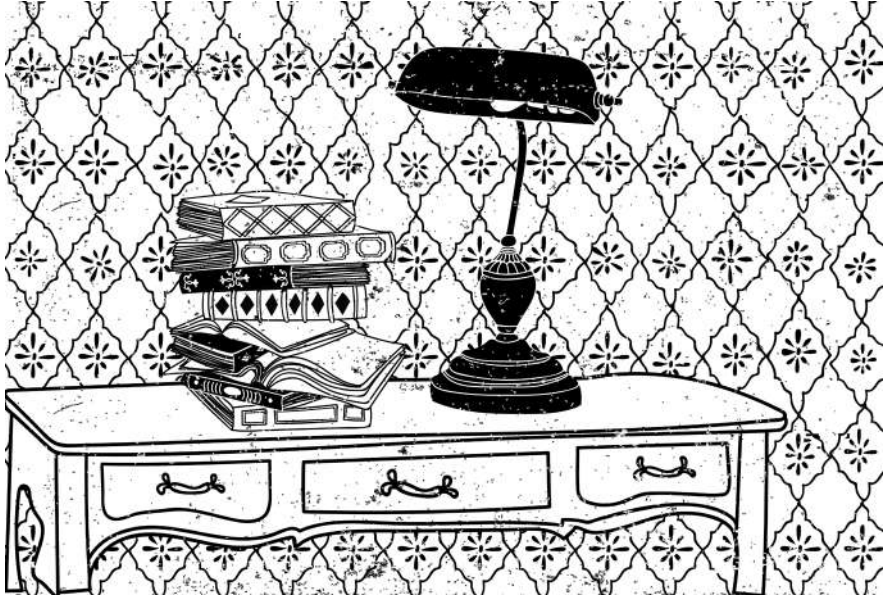
No podía ir a casa, pensé, y añadir —como si fuera una contribución seria al estudio de las mujeres y la literatura— que las mujeres tienen menos bello en el cuerpo que los hombres, o que la edad de la pubertad de las habitantes de las islas del Mar del Sur es a los nueve años (¿o era a los noventa?), incluso mi letra se había vuelto indescifrable. Era bochornoso no tener nada más importante o respetable que mostrar después de una mañana completa de trabajo. Y si me resultaba imposible comprender la verdad sobre M. (por una cuestión de brevedad así había comenzado a referirme a ella) en el pasado, ¿por qué molestarme en conocer su verdad en futuro? Parecía una absoluta pérdida de tiempo consultar a todos esos caballeros que se especializaban en la mujer y su efecto sobre lo que sea (la política, los niños, el salario, la moral), sin importar lo numerosos y sabios que fueran. Daba lo mismo dejar sus libros cerrados.

No obstante, mientras así reflexionaba, en mi abatimiento, en mi desesperación, había hecho un dibujo donde debí haber escrito la conclusión, como había escrito el estudiante sentado al lado. Yo en cambio había dibujado un rostro, una figura. Era el rostro del Profesor von X, ocupado en escribir su obra monumental, titulada *La inferioridad física, moral y mental del sexo femenino*. En mi dibujo, el profesor no era un hombre que resultara atractivo a las mujeres. Era un poco gordo y tenía una gran

mandíbula, exceso que compensaba con unos ojos pequeñitos; estaba colorado. Su expresión sugería que trabajaba bajo el efecto de alguna emoción que le hacía clavar la pluma en el papel mientras escribía, como si estuviera matando un insecto; pero aun después de haberlo matado, no estaba satisfecho; debía continuar matándolo; y aun así persistía alguna razón para su enojo e irritación. Quizás la causa de tanta cólera era su esposa, pensé, mirando mi dibujo. ¿Se habría enamorado de un oficial de caballería? ¿Era un oficial de caballería esbelto y elegante? ¿Una mujer bonita se había reído de él en la cuna? Porque ni siquiera de pequeño el profesor podía haber caído simpático. Más allá de la causa, el profesor se veía muy enojado y muy feo en mi dibujo, mientras escribía su gran libro sobre la inferioridad física, moral y mental de las mujeres. Hacer dibujos era una manera divertida de terminar una mañana improductiva de trabajo. Sin embargo, es en nuestro tiempo de ocio, en nuestros sueños, cuando a veces emerge una verdad oculta. Recurrí a un ejercicio muy elemental de la psicología, al que no puedo dignificar con el nombre de psicoanálisis, y comprendí, al mirar el cuaderno, que el boceto del profesor enojado había sido dibujado con ira. La ira se había apoderado del lápiz mientras yo soñaba. Pero, ¿qué hacía la ira allí? Interés, confusión, diversión, aburrimiento: pude reconocer que aquella mañana se habían sucedido todas esas emociones, y pude nombrarlas. ¿Estaba la ira, esa serpiente negra, acechando entre ellas? Sí —decía el dibujo— allí estaba, y remitía directamente al libro, a la frase exacta que había des-

pertado al demonio; era la afirmación del profesor acerca de la inferioridad física, moral y mental de las mujeres. Mi corazón dio un vuelco. Mis mejillas ardieron. Me había enrojecido de ira. No había nada especialmente sorprendente en mi reacción, aunque era un poco infantil. A nadie le gusta que le digan que es por naturaleza inferior a un hombrecito (miré al estudiante sentado junto a mí), que hace ruido al respirar, usa corbata de nudo hecho y lleva dos semanas sin afeitarse. Una tiene ciertas vanidades. Es solo la naturaleza humana, pensé, y comencé a dibujar ruedas y círculos sobre la cabeza del profesor enojado, hasta que se convirtió en un arbusto en llamas o en un cometa encendido; en cualquier caso, una figura sin parecido ni significado humano. El profesor era simplemente una fogata. Tan pronto como mi propio enojo cobró significado, se extinguió, y dio lugar a la curiosidad. ¿Cómo explicar el enojo de los profesores? ¿Por qué estaban enojados? Esto se desprendía del hecho de que al analizar la impresión que dejaban estos libros, se hallaba siempre cierto arrebató. Este tomaba diversas formas; se mostraba como sátira, emoción, curiosidad o reprobación. Pero había un elemento más, que a menudo se hallaba presente, y que era difícil identificarlo inmediatamente. Yo lo había llamado ira, pero se trataba de una ira que solapadamente se había mezclado con otras emociones. A juzgar por sus extraños efectos, era un enojo disfrazado y complejo, no era simple y directo.

Cualquiera haya sido la razón, todos estos libros —pensé, mirando la pila sobre el escritorio— no servirían a mi investigación.



No tenían ningún valor científico, aunque desde el punto de vista humano cargaran con gran cantidad de información, interés, aburrimiento y hechos muy extraños sobre las habitantes de las Islas Fiyi. Se habían escrito bajo la luz roja de la emoción y no a la luz de la verdad. Por ello, debían ser devueltos al mostrador central y, de allí, a su propia celda del inmenso panal. Todo lo que había podido recolectar en esa mañana de trabajo había sido esta certidumbre sobre la ira. Los profesores (los agrupé de este modo) estaban enojados. Pero, ¿por qué?, me pregunté después de haber devuelto los libros. ¿Por qué?, repetí, parada en la galería, entre palomas y canoas prehistóricas. ¿Por qué están

enojados? Y con estas preguntas en mente partí en busca de un lugar donde almorzar.

¿Cuál es la verdadera naturaleza de lo que por el momento voy a llamar su ira?, me dije. Me encontraba frente a una incógnita que duraría el tiempo que debe esperarse para recibir la comida en un pequeño restaurante cerca del Museo Británico. Alguien había dejado la edición vespertina de un diario sobre una silla y, mientras esperaba, comencé a leer distraídamente los titulares. Una franja de grandes letras atravesaba la página. Alguien había obtenido un triunfo en un partido en Sudáfrica. En títulos más pequeños se anunciaba que Sir Austen Chamberlain se encontraba en Ginebra. En un sótano se había encontrado un hacha de cortar carne con restos de cabello humano. Se comentaba acerca de «La desvergüenza de las mujeres» en la columna sobre divorcios. Había otras noticias desparramadas por el diario. En California, habían suspendido en el aire a una actriz de cine. El pronóstico meteorológico anunciaba neblina. Cualquiera visitante de este planeta, pensé, que se detuviera a hojear este periódico comprendería sin dificultad a partir de estas noticias dispersas que en Inglaterra regía el patriarcado. Nadie en su sano juicio podría dudar del dominio del hombre. Tenía el poder, el dinero y la influencia. Era el dueño del diario, su editor y su subeditor. Era el ministro de Asuntos Exteriores y el juez. Era el jugador de fútbol, el dueño de las carreras de caballos y de los yates. Era el director de la compañía que paga el doscientos por ciento a sus accionistas. Dejaba millones a la beneficencia y a universidades

que dirigía él mismo. Él suspendía a la actriz en el aire. Él decidiría si el cabello en el hacha de cortar carne era humano; él absolvería o condenaría al asesino, y lo colgaría o lo dejaría en libertad. Salvo la niebla, parecía controlarlo todo. Aun así, el hombre estaba enojado. Esto lo supe porque los libros me dieron la pista. Mientras leía lo que él había escrito sobre las mujeres, yo no pensaba en lo que estaba diciendo, sino en él. Cuando alguien argumenta de manera imparcial, solo considera los argumentos, y el lector, del mismo modo, piensa únicamente en ellos. Si hubiera escrito de manera imparcial acerca de las mujeres, si hubiera recurrido a pruebas irrefutables para sostener sus argumentos, y no hubiera mostrado ningún rastro de que prefería esta conclusión a aquella, una tampoco habría sentido la ira. Simplemente habría aceptado los hechos, del mismo modo en que se acepta que las arvejas son verdes o los canarios amarillos. Así es, habría dicho yo. Pero me había enojado porque él estaba enojado. Sin embargo, me resultaba absurdo —reflexioné cerrando el diario— que un hombre, con todo su poder, estuviera enojado. ¿O es la ira —me pregunté—, de algún modo, el hada del poder? Los ricos, por ejemplo, a menudo se enojan porque piensan que los pobres les quieren sacar su dinero. Los profesores, o el patriarcado, como será más acertado denominarlo, quizás siente ira en parte por ello, pero también por una razón menos obvia. Tal vez no estaban en absoluto «enojados»; a menudo, por el contrario, en sus asuntos privados se mostraban encantadores, devotos, ejemplares. Probablemente cuando el hom-

bre insistía con demasiado énfasis acerca de la inferioridad de las mujeres, le interesaba no exactamente esta inferioridad, sino su propia superioridad. Esto era lo que él protegía con pasión y virulencia, porque para él era la joya más preciada. La vida para ambos sexos (y los miré, avanzando a los codazos por la calle) es trabajosa, difícil, una lucha continua. Requiere de enorme coraje y esfuerzo. Para nosotros, que somos seres que vivimos de ilusiones, más que cualquier otra cosa esto demanda confianza en uno mismo. Sin esta confianza, no somos más que un bebé en su cuna. ¿Y cómo es posible generar rápidamente esta cualidad inestimable, no obstante tan valiosa? Pensando que otras personas son inferiores a uno. Sintiendo que uno tiene alguna superioridad innata sobre los otros, que podrá ser la riqueza o el rango o una nariz chiquita o un retrato del abuelo pintado por Romney (no hay límites para los mecanismos patéticos de la imaginación). De allí que el hombre, que tiene que conquistar, gobernar, se sienta tan importante y crea que una gran cantidad de gente —la mitad de la población humana, nada menos— es por naturaleza inferior a él. Debe esta ser sin dudas una de las fuentes principales de su poder. Las mujeres habían servido todos estos siglos como espejos, con el poder mágico y delicioso de reflejar la figura del hombre al doble de su tamaño natural. Sin ese poder, probablemente la Tierra aún sería solo ciénaga y selva. Las glorias de todas nuestras guerras serían desconocidas. Seguiríamos tallando siluetas de ciervo en huesos de carnero, e intercambiando pedernales por pieles de oveja o cualquier otro

simple adorno acorde a nuestro gusto en absoluto sofisticado. Los Superhombres y los Dedos del destino jamás habrían existido. El Zar y el Káiser nunca habrían llevado sus coronas, y tampoco las habrían perdido. Cualquiera pueda ser su uso en las sociedades civilizadas, los espejos son esenciales para toda acción violenta o heroica. A esto se debe que tanto Napoleón como Mussolini hayan insistido tan enfáticamente en la inferioridad de las mujeres; porque si ellas no fueran inferiores, ellos dejarían de agrandarse. Eso sirve para explicar en parte que las mujeres sean a menudo indispensables para los hombres. Esclarece, también, que los hombres sean tan sensibles a su crítica, que sea imposible para ella decirles «Este libro es malo», «Este cuadro es flojo», o lo que sea, sin causarles mucha más pena y provocando su ira mucho más de lo que lo haría la crítica de un hombre, dado que, si ella comienza a decir la verdad, la imagen en el espejo disminuye su tamaño, así como disminuye la aptitud de él para la vida. ¿Cómo se supone que él pueda continuar dictando sentencias, civilizando nativos, pasando leyes, escribiendo libros, eligiendo sus trajes y dando discursos en banquetes, si no puede verse a sí mismo en el desayuno y en la cena al menos dos veces más grande que su tamaño original? Así reflexionaba, mientras jugaba con las migas de pan, revolvía mi café y miraba a la gente en la calle.

Pero estas contribuciones al peligroso y fascinante tema de la psicología del sexo opuesto se interrumpieron cuando tuve que pagar la cuenta. Eran cinco chelines y nueve peniques. Le

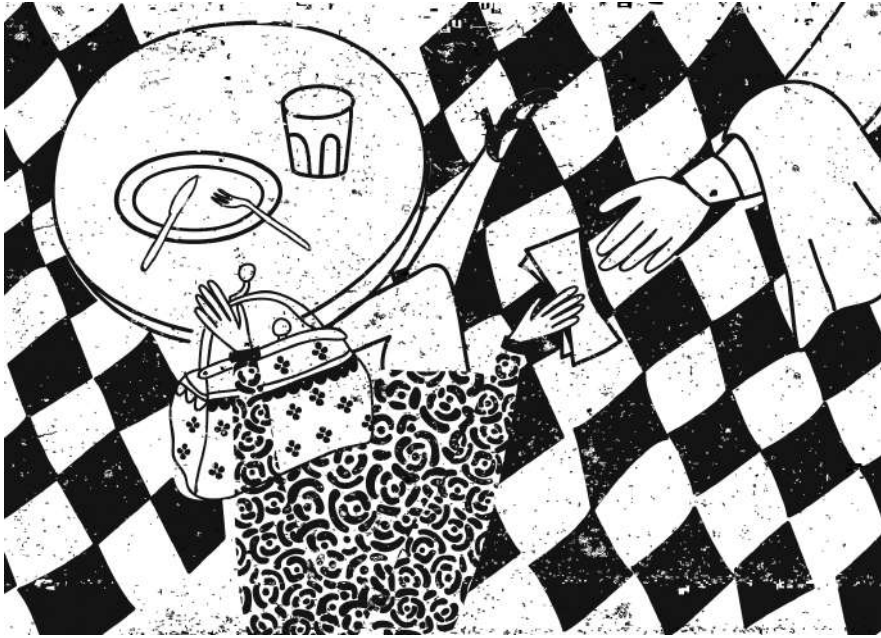
di al mozo un billete de diez chelines y él fue a buscar el vuelto. En mi cartera había otro billete de diez; lo noté porque es un hecho que aún me asombra: la capacidad de mi billetera de producir automáticamente billetes de diez chelines. La abro y allí están. La sociedad me da pollo y café, cama y alojamiento a cambio de cierta cantidad de pedazos de papel que me dejó una tía, por el mero motivo de llevar el mismo apellido.

Les cuento. Mi tía, Mary Beton, se murió al caer de un caballo durante un paseo en Bombay. Recibí la noticia de mi herencia una noche en la misma época en que se aprobó el voto femenino. La carta del abogado cayó en mi buzón y, cuando la abrí, me enteré de que ella me había dejado quinientas libras al año por el resto de mi vida. Entre las dos nuevas (el voto y el dinero) el dinero, lo reconozco, me pareció infinitamente más importante. Hasta entonces me había ganado la vida escribiendo pequeñas notas para los periódicos, que informaban una exposición de burros aquí, una boda allá; había ganado algunas pocas libras escribiendo sobres, leyéndoles a ancianas, haciendo flores artificiales, enseñando el abecedario a niños pequeños en jardines de infantes. Esas eran las tareas principales que estaban disponibles para las mujeres antes de 1918. Temo que no será necesario describir al detalle las dificultades de estas labores, porque supongo que conocerán a alguna mujer que las habrá realizado; tampoco será preciso contarles acerca de los apremios que implica vivir de lo que se ha ganado, porque calculo que lo habrán intentado. No obstante, me resulta aún más duro

que cualquiera de estas dos circunstancias soportar aún hoy el veneno que el miedo y la amargura destilaron en aquellos días. Para comenzar, está el hecho de siempre tener que realizar un trabajo que una no tiene ganas de hacer; y hacerlo como una esclava, siendo servicial y dando halagos. Quizás esto último no siempre era necesario, pero así lo parecía, y había demasiado en juego como para arriesgarse. Todo esto se convirtió en óxido que carcomía los brotes de la primavera, destruía el árbol desde su corazón.

Sin embargo, como iba diciendo, mi tía murió. Ahora, cada vez que entrego uno de esos billetes algo de ese óxido desaparece, se alejan el miedo y la amargura. En efecto, pensé guardando las monedas en la billetera, es asombroso recordar la amargura de esos días; ¡qué cambio había traído a mi ánimo el ingreso fijo! Ninguna fuerza en el mundo puede quitarme estas quinientas libras. Nunca me faltará comida, casa ni vestimenta. De este modo, no solo cesan el esfuerzo y el trabajo, sino también el odio y el rencor. No tengo que odiar a ningún hombre; ninguno de ellos puede hacerme daño. No tengo que adular a ningún hombre, no necesito nada de ellos. Así, casi imperceptiblemente, me encontré adoptando una nueva actitud hacia la otra mitad de la raza humana.

Era absurdo culpar a alguna clase o a alguno de los sexos en su totalidad. Grandes grupos de personas nunca son responsables por sus acciones. Los impulsan instintos que no están bajo su control. Ellos también, los patriarcas, los profesores, tienen di-



ficultades interminables, terribles desventajas que deben superar. Su educación en determinados aspectos ha fracasado tanto como la mía. Generó en ellos defectos igualmente graves. Es cierto que tenían dinero y poder, pero a costa de albergar en su pecho un águila, un buitre, continuamente carcomiendo sus entrañas: el instinto de posesión, el furor por engrosar sus arcas, que los lleva a desear constantemente los bienes y las tierras de otra gente; a trazar fronteras y clavar banderas; a construir barcos de guerra y utilizar gases venenosos; a ofrecer sus vidas y las de sus hijos.

Observen, un día de sol primaveral, al corredor de bolsa y al gran abogado encerrarse en sus oficinas para hacer dinero y más dinero y más dinero, mientras quinientas libras anuales son suficientes para disfrutar de las tardes soleadas. Es muy desagradable albergar estos instintos, pensé. Y en tanto me daba cuenta de estos inconvenientes, gradualmente el miedo y el rencor mutaban en compasión y tolerancia; y, luego, en un año o dos, desaparecieron el miedo y el rencor, y experimenté el mayor desahogo de todos, que es tener la libertad de poder pensar en las cosas en sí mismas.

Aquel edificio, por ejemplo, ¿me gusta o no? ¿Es ese cuadro hermoso o no? En mi opinión, ¿ese libro es bueno o es malo? Sin dudas la herencia de mi tía me abrió a la posibilidad de un mundo nuevo, donde la enorme imponente figura de un caballero, que Milton recomendaba a mi adoración perpetua, quedó sustituida por la vista del cielo despejado.

Así pensando, así especulando, encontré el camino de regreso a mi casa junto al río.

En mi pequeña calle, sin embargo, prevalecía el barrio. El pintor de casas bajaba la escalera; la niñera empujaba con cuidado el cochecito de vuelta al hogar para la cena; el repartidor de carbón doblaba sus bolsas vacías una encima de la otra; la señora de la verdulería hacía las cuentas con los guantes rojos aún puestos.

Pensé que ahora era mucho más difícil de lo que debió haber sido un siglo atrás decidir cuál de estos empleo era el más

alto, el más necesario. ¿Era mejor ser repartidor de carbón o niñera? ¿Quién ha criado ocho niños es de menor valor para el mundo que el abogado que ha generado cien mil libras? Es inútil formular estas preguntas, pues nadie puede responderlas.

Incluso si uno pudiera determinar el valor de un talento particular en este momento, esos valores cambiarán. Muy posiblemente dentro de cien años serán por completo diferentes. Además, dentro de un siglo, pensé al llegar a la puerta de mi casa, las mujeres habrán dejado de ser el sexo débil. Lógicamente para entonces tomarán parte en todas las actividades y trabajos que se les han negado. La niñera repartirá carbón. La mujer de la verdulería conducirá un tren. Todos los supuestos que se desprenden de afirmar que el sexo femenino es el más débil habrán desaparecido, como, por ejemplo (aquí un grupo de soldados marchaba calle abajo) el de que las mujeres, los clérigos y los jardineros viven más años que otras personas. Al eliminar esa protección y exponerlas a las mismas labores y actividades, al hacerlas soldados, navegantes, conductoras de trenes y trabajadoras en el puerto, las mujeres morirán antes, más rápido que un hombre y uno dirá «Hoy vi una mujer», como se solía decir «Hoy vi un avión». Todo puede suceder cuando ser una mujer deje de ser una actividad protegida, concluí, abriendo la puerta.

Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con el tema de mi conferencia, las mujeres y la literatura?, me pregunté, entrando a casa.





TRES

Me desanimó no haber regresado con alguna conclusión importante, algún dato auténtico. Las mujeres son más pobres que los hombres por tal o cual motivo. Quizás este era el momento de dejar de buscar la verdad, para recibir una avalancha de opiniones ardientes como lava, descoloridas como agua jabonosa. Tal vez ahora debía bajar la persiana, evitar las distracciones, encender la lámpara, acotar la pesquisa y pedirle al historiador —que no registra opiniones sino hechos— que describa las condiciones en que vivieron las mujeres, no en las distintas épocas, sino en Inglaterra, digamos, en la época isabelina.

Es sin dudas un gran enigma por qué ninguna mujer dejó ni una línea en esa pila de literatura extraordinaria, cuando de pronto todos esos hombres parecían tener un talento natural para escribir canciones y poemas. ¿Cuáles eran las condiciones en que vivían las mujeres?, me pregunté. Pues la literatura, es decir, una obra de la imaginación, no se encuentra en el suelo

como una piedrita, a la manera de la ciencia. La literatura es como una tela de araña, que se adhiere —muy sutilmente, tal vez, pero allí está— a los rincones de la vida. A menudo apenas se percibe; las obras teatrales de Shakespeare, por ejemplo, parecen sostenerse en el aire por sí mismas. Pero cuando se estira un poco la tela, se la engancha de una punta, se desgarran el centro, es fácil ver que estas tramas no las han formado unas criaturas incorpóreas, sino que son creación de seres humanos que sufren, y están unidas a cosas crudamente materiales, como la salud, el dinero y las casas en que vivimos.

Fui, entonces, hasta la repisa en donde están los libros de historia y tomé uno de los últimos, *Historia de Inglaterra*, del Profesor Trevelyan. Una vez más, busqué «mujeres», encontré «lugar de» y acudí a las páginas indicadas. «Golpear a la esposa —leí— se reconocía como un derecho del hombre, y se practicaba sin vergüenza tanto en las clases altas como en las clases más bajas. [...] Asimismo —continúa el historiador— la hija que se negara a casarse con el caballero que sus padres hubieran elegido corría el riesgo de ser encerrada, golpeada y sacudida por la habitación, sin que la opinión pública condenara estos hechos. El matrimonio no era cuestión de afecto personal, sino que estaba relacionado con la avaricia de la familia, especialmente en las “caballerosas” clases altas. [...] El compromiso a menudo se arreglaba cuando alguna de las dos partes aún estaba en la cuna, y el casamiento apenas habían salido del cuidado de las niñeras».

Eso era en el tiempo de Chaucer, alrededor del año 1400.

La referencia siguiente al lugar de las mujeres es aproximadamente doscientos años más tarde, en la época de los Estuardo. «Todavía era excepcional que las mujeres de las clases alta y media eligieran a sus esposos; y, una vez asignado el marido, él era amo y señor, al menos según lo que la ley y la costumbre indicaban. Aun así —concluye el Profesor Trevelyan— ni las mujeres de Shakespeare ni las auténticas mujeres del siglo diecisiete que se mencionan en las memorias, como las Verney y las Hutchinson parecen carecer de personalidad y carácter».

En efecto, si se lo piensa, Cleopatra debe haber tenido su temperamento; Lady Macbeth, uno supondría, tenía una voluntad propia; Rosalinda seguro era bonita. El Profesor Trevelyan no dice más que la verdad al asegurar que a las mujeres de Shakespeare no les faltaba personalidad y carácter.

Al no ser historiadora, podría ir incluso más allá y afirmar que las mujeres han brillado como faros en todas las obras de todos los poetas desde el principio de los tiempos: Clitemnestra, Antígona, Cleopatra, Lady Macbeth, Fedra, Crésida, Rosalinda, Desdémona, la Duquesa de Amalfi, entre los dramaturgos; luego, entre los escritores de prosa: Millamant, Clarisa, Becky Sharp, Anna Karenina, Emma Bovary, Madame de Guermantes... los nombres acuden en bandadas a la memoria, tampoco ellas «carecieron de personalidad y carácter».

En verdad, si la mujer no existiera más que en la literatura escrita por hombres, uno imaginaría que se trata de una persona importantísima. Muy diversa; heroica y malvada; espléndida

y sórdida; infinitamente hermosa y horrorosa en extremo; tan genial como el hombre, algunos incluso creen que más. No obstante, estas son las mujeres de la literatura. En la realidad, como señala el Profesor Trevelyan, ella estaba encerrada, la molían a palos y la sacudían.

De esto surge un ser muy extraño, mixto. En la imaginación ella es importantísima; en la práctica es por completo insignificante. Impregna la poesía de comienzo a fin; de la historia se encuentra ausente. Domina las vidas de reyes y conquistadores en la literatura; en los hechos era la esclava de cualquier chico cuyos padres la obligaran a recibir un anillo. Las palabras más inspiradas, algunos de los pensamientos más profundos en la literatura salen de sus labios; en la realidad apenas sabía leer, apenas escribir y era propiedad de su marido.

De ninguna manera una mujer de clase media equipada solo con inteligencia y carácter podría haber participado en alguno de los grandes movimientos que, en su conjunto, constituyen la visión de los historiadores sobre el pasado. Tampoco la encontraremos en las colecciones de anécdotas. Ella nunca escribe su propia biografía y es raro que lleve un diario; se ha conservado solo un puñado de sus cartas. No ha legado obras de teatro ni poemas que nos permitan juzgarla. Lo que a una le gustaría, pensé, es una masa de información: la edad en que se casó; cuántos hijos promedio tenía; cómo era su casa, ¿tenía un cuarto propio?; si era ella quien cocinaba, si era probable que tuviera una sirvienta.

Encuentro deplorable, continué, mirando otra vez los estantes, que nada se conozca de las mujeres antes del año 1700. Carezco de algún modelo como para analizarlo. Aquí me encuentro, frente al interrogante de por qué las mujeres no escribieron poesía en la época isabelina, y no estoy siquiera segura de cómo se las educaba; si les enseñaban a escribir; si tenían salas para ellas solas; cuántas mujeres tenían hijos antes de los veintidós años; qué —en síntesis— hacían de las ocho de la mañana a las ocho de la noche.

No hay dudas de que no tenían dinero; según el Profesor Trevelyan, debían casarse, les gustara o no, aun antes de dejar a sus niñeras, probablemente a los quince o dieciséis años. Solo con esta información es posible concluir que habría sido extremadamente raro que alguna de ellas de pronto escribiera las obras de Shakespeare.

Pensé en aquel anciano, que ahora está muerto pero que era obispo, creo, que declaró que era imposible que cualquier mujer, pasada, presente o futura, tuviera el genio de Shakespeare. Envié cartas a los diarios sobre este tema. También le dije a una dama que consultó con él, que en realidad los gatos no van al Cielo, aunque tienen —agregó— algo parecido a un alma. ¡Cuánto tiempo de reflexiones nos ahorran esos viejos caballeros! ¡Cómo retrocedían las fronteras de la ignorancia cuando ellos se acercaban! Los gatos no van al Cielo. Las mujeres no pueden escribir las obras de Shakespeare.

Hubiera sido imposible, completa y absolutamente, que

cualquier mujer de la época de Shakespeare escribiera estas obras. Permítanme imaginar, ya que los datos son escasos, lo que habría pasado si Shakespeare hubiera tenido una hermana extraordinariamente talentosa, llamada Judith, digamos. Shakespeare muy posiblemente (su madre recibió una herencia) fue a la escuela secundaria, donde le deben haber enseñado latín —Ovidio, Virgilio y Horacio— y los elementos de la gramática y la lógica. Se sabe que era un joven rebelde que cazaba conejos en zonas prohibidas y habrá matado algún ciervo, y tuvo que casarse —antes de lo que le hubiera gustado— con una vecina que le dio un hijo antes de lo previsto.

Esta aventura lo llevó a Londres en busca de fortuna. Al parecer, le gustaba el teatro; comenzó cuidando caballos en la entrada de los artistas. Pronto consiguió trabajo en el teatro, se convirtió en un actor exitoso y pasó a vivir en el centro del universo, haciendo amistades y conociendo a todo el mundo, practicando su arte en las tablas, ejerciendo su ingenio en las calles, y tuvo acceso, incluso, al palacio de la reina.

Mientras tanto, su hermana extraordinariamente talentosa, supongamos, se quedó en casa. Era tan aventurera, tan imaginativa, tenía tantas ansias de conocer el mundo como él. Pero a ella no la enviaron a la escuela. No tuvo oportunidad de aprender gramática y lógica, ni hablar de leer a Horacio y Virgilio. Ella tomaba un libro de vez en cuando, quizás uno de su hermano, y leía algunas páginas. Pero luego sus padres llegaban y le pedían que arreglara unas medias o que se ocu-

para del guiso, y que no perdiera tiempo con libros y papeles. Seguramente le hablaban con firmeza pero amablemente, porque eran gente acomodada que sabía de las condiciones de vida de la mujer y amaban a su hija; de hecho, es muy probable que fuese la luz de los ojos de su padre.

Tal vez garabateaba a escondidas unas notas en el altillo, pero tenía cuidado de esconderlas y quemarlas. Pronto, sin embargo, cuando aún era adolescente, estuvo prometida para casarse con el hijo del comerciante de lana del vecindario. Ella clamó que el matrimonio era algo odioso, y por ello su padre la golpeó duramente. Después dejó de regañarla. En cambio, le suplicó que no lo hiriera, que no lo avergonzara con este asunto del casamiento. Le regalaría un collar o unas enaguas finas, dijo, con lágrimas en sus ojos. ¿Cómo podía ella desobedecerle? ¿Cómo podía ella romperle el corazón? Movida por la fuerza de su talento, consiguió hacerlo. Armó un paquetito con sus pertenencias, salió a escondidas una noche de verano, y tomó la ruta a Londres. Aún no había cumplido los diecisiete. Los pájaros que cantaban en los árboles no eran más musicales que ella. Tenía una imaginación frondosa, el mismo don que su hermano para captar la musicalidad de las palabras.

Como a él, a ella le gustaba el teatro. Se paró frente a la puerta de los artistas, dijo que quería actuar. Los hombres se rieron en su cara. El director, un hombre gordo y bocón, soltó una carcajada. Rugió algo sobre caniches bailando y mujeres actuando; ninguna mujer, dijo, podía ser actriz. Insinuó... ya se

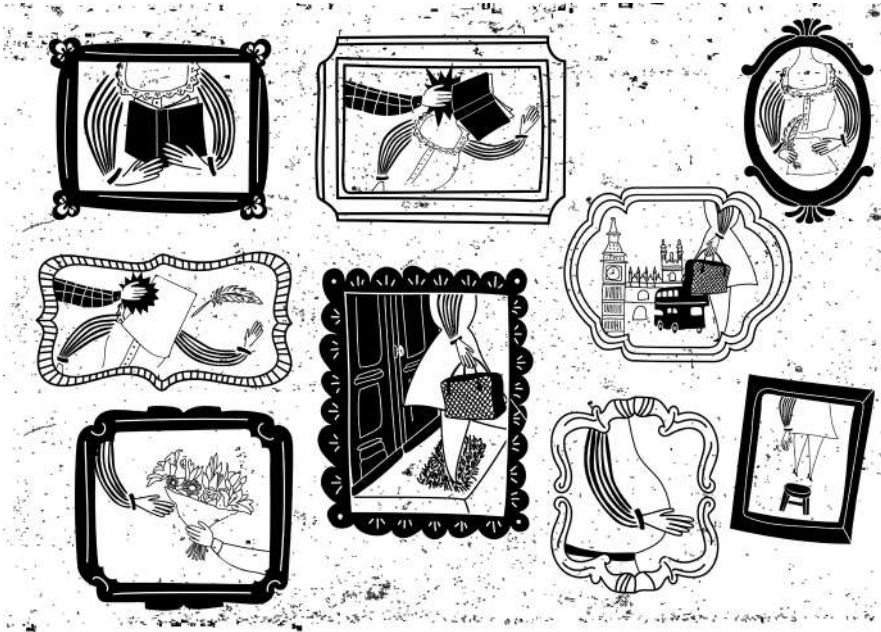
lo imaginan. No podría aprender el oficio. ¿Podía acaso cenar en una taberna o vagar por las calles en la noche? A pesar de todo, su genio se inclinaba por la ficción y ansiaba nutrirse abundantemente de las vidas de hombres y mujeres, y del estudio de sus costumbres. Finalmente —porque era muy joven, curiosamente parecida a Shakespeare, el poeta, con los mismos ojos grises y las cejas redondeadas— finalmente Nick Greene el actor y director se apiadó de ella; quedó embarazada del señor y fue entonces cuando —¿quién puede medir el ardor y la violencia del corazón de un poeta atrapado en el cuerpo de una mujer?— se suicidó en una noche de invierno, y ahora yace enterrada en alguna esquina donde paran los ómnibus frente a la taberna «Elephant and Castle».

Así iría la historia, más o menos, creo, si una mujer en la época de Shakespeare hubiera tenido su genio. Esto puede ser verdadero o puede ser falso, ¿quién sabe? Pero lo que hay de verdad en ello, me parece, revisando la historia de la hermana de Shakespeare tal como la fui armando, es que cualquier mujer que hubiera nacido con un gran talento en el siglo dieciséis sin dudas se habría vuelto loca, suicidado, o habría terminado sus días en una cabaña solitaria en las afueras del pueblo, medio bruja, medio hechicera, objeto de temor y de burlas.

Aquella mujer, entonces, que nació con un talento especial para la poesía en el año 1500, era una mujer infeliz, una mujer en lucha consigo misma. Todas las condiciones de su vida, todos sus instintos eran hostiles al estado mental que se requiere para

liberar cualquier pensamiento. Pero, ¿cuál es el estado mental más propicio para la creación artística?, pregunté. ¿Es posible concebir ese estado que favorece y hace posible aquella extraña actividad? En ese momento abrí el volumen de las tragedias de Shakespeare. ¿Cuál era el estado mental de Shakespeare, por ejemplo, cuando escribió *El Rey Lear* y *Antonio y Cleopatra*? Sin dudas era el estado más favorable para la poesía que puede haber existido jamás.

Pero el mismo Shakespeare nunca dijo nada al respecto. Solo sabemos de oídas y por casualidad que «nunca tachó una línea». En efecto, jamás un artista dijo nada respecto de su estado



mental probablemente hasta el año 1700. Quizás fue Rousseau el primero. De todos modos, hacia el siglo diecinueve la conciencia de sí se había desarrollado de tal manera que los hombres de letras solían describir sus estados mentales en confesiones y autobiografías. También se escribían sus vidas, y sus cartas se publicaban después de su muerte. Por lo tanto, si bien no sabemos qué experimentó Shakespeare cuando escribió *El Rey Lear*, sí sabemos lo que padeció Carlyle cuando escribió *La Revolución Francesa*, la experiencia de Flaubert al escribir *Madame Bovary*, las angustias de Keats mientras intentaba escribir poesía en contra de la cercanía de la muerte y la indiferencia del mundo.

Y uno deduce de esta vasta literatura moderna de confesión y autoanálisis que escribir una obra de genio es casi siempre una tarea de una prodigiosa dificultad. Todo parece estar en contra de la probabilidad de que surja completa y entera de la mente del escritor. Por lo general, las circunstancias materiales le juegan en contra. Los perros ladran, la gente interrumpe, debe generarse un ingreso, la salud falla. Además, la indiferencia notable del mundo acentúa todas estas dificultades y las hace más duras de soportar. El mundo no le pide a la gente que escriba poemas, novelas e historias; no las necesita. No le interesa si Flaubert acierta con la palabra justa ni si Carlyle verifica escrupulosamente este o aquel dato. Naturalmente, no pagará por lo que no quiere. Entonces, el escritor —Keats, Flaubert, Carlyle— sufre, en especial en los años creativos de su juventud, cada una de las formas de frustración y abatimiento.

Una maldición, un lamento en agonía brota de esos libros. «Grandes poetas muertos en su desgracia», ese es el peso con el que carga su canción. Si algo resiste a todo esto, es un milagro, y probablemente ningún libro nazca entero y sin un rasguño, tal como fue concebido.

Pero para las mujeres estas dificultades han sido infinitamente más duras. En primer lugar, tener un cuarto propio, y ni hablar de un cuarto silencioso o a prueba de ruidos, era impensable hasta el 1800, a menos que sus padres fueran excepcionalmente ricos o pertenecieran a la alta nobleza. Como el dinero que recibía para sus gastos personales, y que dependía de la buena voluntad de su padre, apenas le alcanzaba para vestirse, se veía privada de los pequeños desahogos de los cuales al menos gozaban Keats, Tennyson o Carlyle (todos hombres pobres), como una caminata, un pequeño viaje a Francia, o un departamentito solo para ellos, que, si bien podían ser austeros, los protegían de las tiranías y los reclamos de sus familias. Dichas dificultades materiales eran inmensas, pero mucho peor eran las inmateriales. La indiferencia del mundo que Keats, Flaubert y otros hombres de genio encontraban tan insoportable, en el caso de la mujer no era indiferencia sino hostilidad. El mundo no les decía a ellas, «Escribí, si querés, a mí me da lo mismo». Les decía burlescamente, «¿Escribir? ¿Para qué querés escribir?».

Voy a citar Oscar Browning, que en una época fue una gran figura en Cambridge y solía tomar exámenes a las alumnas de Girton y Newnham. Browning declaraba a menudo que

la impresión que le quedaba después de corregir cada grupo de exámenes era que, más allá de las notas que hubiera puesto, la mejor de las mujeres era siempre intelectualmente inferior al peor de los hombres. Las palabras de hombres de esta talla debieron haber sido terribles tan solo cincuenta años atrás. Supongamos que un padre, con toda su buena intención, no deseaba que su hija dejara el hogar para ser escritora, pintora o académica. «Escuchá lo que dice el Sr. Browning», podía decir. Y Browning no era el único. También la revista *Saturday Review*, el señor Greg («la esencia de la mujer —ha dicho Greg enfáticamente— es que el hombre la mantiene y ella lo atiende»), y una gran masa de opiniones masculinas que afirmaban que nada podía esperarse de las mujeres en el aspecto intelectual. Incluso si el padre no les leía estas opiniones en voz alta, cualquier muchacha podía leerlas por sí misma; y esta lectura, incluso en el siglo diecinueve, debe haber hecho disminuir su vitalidad y seguro influyó en su trabajo. Siempre estaría presente esa afirmación («No podés hacer esto», «Sos incapaz de hacer lo otro»), a la que debía enfrentar y superar. Probablemente en una novelista este germen ya no tiene demasiado efecto, porque ha habido escritoras notables, pero en las pintoras aún debe tener cierta virulencia; y en las compositoras, me imagino, aún hoy, en 19..., se encuentra activo y es extremadamente pernicioso. La compositora hoy en día se encuentra en el lugar en que se encontraba la actriz en tiempos de Shakespeare.

Por lo tanto, concluí cerrando la biografía de Browning y

haciendo a un lado lo demás, está bastante claro que ni siquiera en el siglo diecinueve se alentó a la mujer a ser artista. Por el contrario, se la despreciaba, golpeaba, sermoneaba y exhortaba.

Asimismo, es fácil para quienes han logrado ir a la universidad y disfrutan de dormitorios privados decir que el genio debe desestimar lo que diga la gente, que el genio debería estar por encima de lo que se diga de él. Desafortunadamente, son precisamente los hombres y mujeres de genio quienes más se preocupan por lo que se dice de ellos. La literatura está llena de hombres a quienes les ha importado más allá de lo razonable la opinión de los otros.

Y esta característica es doblemente desgraciada, pensé retomando mi investigación original sobre el estado mental más propicio para la creación artística, porque la mente del artista, para conseguir el esfuerzo prodigioso de liberar la obra que se halla en él entera y completamente, debe ser incandescente, como la mente de Shakespeare, conjeturé, mirando el libro que se encontraba abierto en *Antonio y Cleopatra*. No debe haber allí ningún obstáculo, ninguna materia extraña sin digerir.

Pues aunque digamos que no sabemos nada del estado mental de Shakespeare, incluso al decir eso estamos afirmando algo al respecto. Si sabemos tan poco de él —comparado con Donne, Ben Jonson o Milton— se debe a que ha podido esconder sus rencores, resentimientos y sus odios. No hay «revelación» que nos recuerde al poeta. Ha despojado de su mente todo deseo de protestar, sermonear, proclamar un daño, saldar

una cuenta, pedirle al mundo que sea su testigo en la adversidad o la injusticia. Y así su poesía fluye de él libre y sin obstáculos. Si alguna vez un ser humano consiguió expresar por completo su obra, fue Shakespeare. Si alguna vez una mente fue incandescente, libre —pensé, mirando nuevamente los estantes de la biblioteca— fue la mente de Shakespeare.



APHRA BEHN
DIED APRIL
10



CUATRO

Si consideramos la historia de la literatura, con Aphra Behn se da un giro importante en el camino. Dejamos atrás, encerradas en sus parques, entre sus folios, a aquellas grandes damas que escribieron sin público ni crítica, por puro placer personal. Llegamos a la ciudad y nos codeamos con la gente común en las calles. La Sra. Behn era una mujer de clase media, con todas las virtudes plebeyas del humor, la vitalidad y el coraje; una mujer que se vio obligada, por la muerte de su esposo y algunos infortunios propios, a ganarse la vida con su ingenio.

Tuvo que trabajar en los mismos términos que los hombres. Trabajando duro, ganaba lo suficiente para vivir. La importancia de este dato es mucho más significativa que cualquier cosa que haya escrito, incluso su magnífico «Mil mártires he hecho» o «El amor sentado en fantástico triunfo», porque aquí comienza la libertad del pensamiento o, mejor, la posibilidad de

que con el tiempo el pensamiento pudiera llegar a ser libre para escribir lo que se quisiera. Pues ahora que Aphra Behn lo había hecho, las muchachas podían plantearles a sus padres que ya no necesitaban su dinero, podían conseguirlo con la escritura. Claro que por muchos años la respuesta de los padres fue: «¡Pero deberás llevar la vida que llevó Aphra Behn! ¡La muerte sería mejor!», y la puerta se cerraba más rápido que nunca.

A pesar de todo, Aphra Behn demostró que se podía vivir de la escritura si una resignaba ciertas comodidades. Así, gradualmente la escritura se vio no solo como un signo de locura y trastorno mental, sino que se fue convirtiendo en una actividad con una importancia práctica. Se iniciaba el siglo dieciocho y cientos de mujeres comenzaron a complementar el dinero que recibían para sus gastos personales o a ayudar a sus familias con el dinero que recibían por sus traducciones de literatura o sus innumerables novelas malas que ya no se incluyen en los manuales, pero pueden encontrarse en los estantes de ofertas de las librerías de Charing Cross Road. La abundante actividad intelectual que se desarrolló en la segunda mitad del siglo entre las mujeres (las tertulias, las charlas, los ensayos sobre Shakespeare, las traducciones de los clásicos) se debió al hecho incontestable de que las mujeres podían ganar dinero escribiendo.

El dinero dignifica aquello que se considera frívolo cuando se hace gratis. Probablemente aún se burlaran de «una creída que insistía en ser poeta», pero no podían negar que pudieran conseguir dinero para sus carteras. Así, hacia finales del siglo

dieciocho ocurrió un cambio que, si yo volviera a escribir la historia, describiría en más detalle y señalaría como de mayor importancia que las Cruzadas o La Guerra de las Dos Rosas. La mujer de clase media comenzó a escribir.

Porque si *Orgullo y prejuicio* tiene alguna importancia, si *Middlemarch*, *Villette* y *Cumbres borrascosas* tienen importancia, entonces tiene más importancia de la que puedo demostrar en una hora de charla que las mujeres en general, y no únicamente las aristocráticas solitarias confinadas en su casa de campo entre sus cuadernos y chupamedias, se dedicaran a la escritura. Sin estas pioneras, Jane Austen, las Brontë y George Eliot no podrían haber escrito una página, lo mismo que Shakespeare no podría haber escrito sin Marlowe, o Marlowe sin Chaucer, o este último sin aquellos poetas olvidados que allanaron su camino y domesticaron el salvajismo natural de la lengua. Pues las obras maestras no surgen de la nada y en solitario, sino que son el resultado de muchos años de pensamiento común, del pensamiento en conjunto de la gente, de modo que la experiencia de la masa se esconde detrás de una sola voz.

Jane Austen tendría que haber dejado flores en la tumba de Fanny Burney, y George Eliot tendría que haber rendido homenaje a la robusta sombra de Eliza Carter —la valiente señora que ató una campanita a su cama para levantarse temprano y estudiar griego—. Todas las mujeres juntas deberían llevar flores a la tumba de Aphra Behn que está —escandalosa pero justamente— enterrada en la Abadía de Westminster, pues fue

ella quien ganó para todas el derecho de hablar libremente. Es gracias a ella, con su dudosa reputación y apasionada como era, que hoy puedo aconsejarles sin que suene del todo descabellado: ganen quinientas libras al año con su propio talento.

De este modo llegamos al siglo diecinueve. Y aquí, por primera vez, encontré varios estantes ocupados exclusivamente con obras de mujeres. Pero, ¿por qué —no puedo evitar preguntar, mirando las filas de libros— todas ellas, con algunas pocas excepciones, son novelas? El impulso original era hacia la poesía. Tanto en Francia como en Inglaterra las mujeres poetas preceden a las novelistas. Además, pensé, mirando los cuatro nombres famosos, ¿qué tenía en común George Eliot con Emily Brontë? Salvo por el dato posiblemente relevante de que ninguna de ellas tuvo hijos, difícilmente cuatro personalidades más disímiles habrían podido reunirse en una habitación; tanto es así que resulta atractivo imaginar un encuentro y un diálogo entre ellas.

Sin embargo, por alguna fuerza extraña, todas ellas eligieron escribir novelas. ¿Habría tenido algo que ver con ser de clase media —pensé—; y con el hecho (que algo más tarde demostraría de manera asombrosa Emily Davis) de que las familias de clase media a comienzos del siglo diecinueve tenían solo una sala de estar para todos los miembros de la familia? Si una mujer escribía, debía hacerlo en esta sala común. Y, como Florence Nightingale señaló indignada, «las mujeres nunca tenían un momento para ellas mismas», algo siempre lo interrumpía. Así

y todo, debió haber sido más fácil escribir prosa y ficción que escribir poesía o teatro. Para aquello se requiere menos concentración. De este modo escribió Jane Austen hasta el final de sus días. «Es sorprendente cómo pudo haber escrito como lo hizo —comenta su sobrino en la biografía que escribió sobre ella—, pues no tenía un cuarto propio donde refugiarse, y la mayor parte del trabajo debió hacerlo en la sala de estar, expuesta a toda clase de interrupciones. Fue muy cuidadosa de que no sospecharan de su actividad los criados ni las visitas ni cualquier persona por fuera de su círculo familiar».

Jane Austen escondía sus manuscritos o los cubría con papel secante. Por otro lado, nuevamente, todo el entrenamiento literario que tenía una mujer a principios del siglo diecinueve consistía en la observación del carácter, en el análisis de las emociones. Su sensibilidad se había educado durante siglos allí, en la sala de estar. Los sentimientos estaban impresos en ella; las relaciones entre las personas se desarrollaban delante de sus ojos. En consecuencia, cuando la mujer de clase media comenzó a escribir, naturalmente escribió novelas, aun cuando, como es evidente, dos de las cuatro célebres mujeres que hemos mencionado aquí no fueron novelistas por naturaleza.

Uno podría ir más allá, me dije, tomando *Orgullo y prejuicio* de la biblioteca, y afirmar que escribieron buenas novelas. Sin presumir ni lastimar al sexo opuesto, se podría decir que *Orgullo y prejuicio* es un buen libro. En cualquier caso, no habría por qué avergonzarse si a una la encontraban escribiendo *Orgullo y prejuicio*,

pero Jane Austen se alegraba de que las puertas hicieran ruido, para esconder su manuscrito antes de que alguien entrara.

Para ella había algo vergonzoso en la escritura de su novela. Leí una página o dos para intentar descubrirlo, pero no encontré ninguna señal de que aquellas circunstancias hubieran dañado su trabajo en lo más mínimo. Eso, tal vez, era lo más maravilloso de todo esto. Allí estaba ella, alrededor del 1800 escribiendo sin odio, sin resentimiento, sin miedo, sin quejarse, sin predicar. Así escribió Shakespeare, pensé, mirando *Antonio y Cleopatra*; y cuando la gente compara a Shakespeare y Jane Austen quizás quieran decir que las mentes de ambos habían vencido todos los obstáculos; por esta razón, no conocemos a Jane Austen ni a Shakespeare, y por esta razón Jane Austen impregna cada palabra que escribió, tanto como Shakespeare. Si Jane Austen sufrió de alguna manera por sus circunstancias, fue a causa de la vida acotada que se le imponía. Para una mujer era imposible salir sola. Nunca viajaba, nunca paseó por Londres en un colectivo ni almorzó sola en un bar. Pero quizás Jane Austen no deseaba lo que no tenía. Su talento y sus circunstancias se adaptaban perfectamente. No obstante, cualquiera haya sido el efecto de la disuasión y las críticas en su escritura —y yo creo que el efecto fue inmenso— fue poco importante en comparación con la otra dificultad que enfrentaban (aún pensaba en las novelistas de comienzos del siglo diecinueve) cuando intentaban llevar sus pensamientos al papel: no tenían tras de sí ninguna tradición, o la tradición era tan breve y parcial que era de poca

ayuda. Pues las mujeres miramos al pasado a través de nuestras madres. Es inútil acudir a los grandes escritores hombres, sin importar cuántas veces los leamos por placer. Lamb, Browne, Thackeray, Newman, Sterne, Dickens, De Quincey, quienquiera que sea, hasta ahora no han ayudado a ninguna mujer, si bien ella puede haber aprendido algunos trucos de ellos, que adaptó a su propio uso. El peso, el ritmo, el tranco de la mente masculina son muy disímiles a los suyos como para tomar acertadamente algo de ellos. Quizás lo primero que descubrió la mujer, al tomar el lápiz y el papel, fue que no existía ni una frase hecha que ella pudiera utilizar.

Además, un libro no está hecho con oraciones simplemente dispuestas de principio a fin, sino de oraciones dispuestas de modo que conforman, digamos, si la imagen ayuda a la comprensión, arcos o cúpulas. Y esta forma también la hicieron los hombres para responder a sus propias necesidades y para sus propios usos. No hay razón para creer que la forma épica o el teatro en verso es apropiado para una mujer mejor que el estilo masculino mencionado. Pero todas las otras formas literarias ya estaban establecidas, definidas, cuando Jane Austen empezó a escribir. La novela era lo suficientemente joven como para que ella la moldeara a su antojo; quizás esta es otra razón por la cual escribió novelas.

El libro debe adaptarse de alguna manera al cuerpo; y sugiero que quizás los libros de las mujeres deberían ser más breves, más concentrados que los de los hombres, y estructurados

de modo tal que no requieran largas horas de trabajo constante e ininterrumpido. Pues sin dudas siempre habrá interrupciones. Además, los nervios que alimentan el cerebro parecerían ser diferentes en hombres y mujeres, y si se los pondrá a trabajar de modo que aprovechen al máximo sus posibilidades, debemos descubrir qué método es el más apropiado, cuál es la alternancia de trabajo y descanso que necesitan, pensando que el descanso no es estrictamente no hacer nada, sino hacer algo, pero algo que sea diferente. ¿Y cuál debería ser esa diferencia? Todo esto debería discutirse y descubrirse; todo esto tiene que ver con el tema de las mujeres y la literatura.

◀◀ *El peso, el ritmo, el tranco de la mente masculina son muy disímiles a los suyos como para tomar acertadamente algo de ellos. Quizás lo primero que descubrió la mujer, al tomar el lápiz y el papel, fue que no existía ni una frase hecha que ella pudiera utilizar.* ▶▶





CINCO

Había llegado finalmente, en mi recorrido, a los estantes que guardan los libros actuales; escritos por hombres y por mujeres; esto es cierto, ahora las mujeres escriben casi tantos libros como los hombres. O si eso no es del todo cierto, si el sexo masculino sigue siendo el más locuaz, no se puede negar que las mujeres ya no escriben solo novelas. Hay libros de Jane Harrison sobre arqueología griega; libros de Vernon Lee sobre estética; libros de Gertrude Bell sobre Persia. Hay libros de toda clase de temas que una generación atrás una mujer no hubiera podido ni tocar. Hay poemas, obras teatrales y crítica; historias y biografías, libros sobre viajes y libros académicos y de investigación; incluso hay también algunos libros de filosofía y libros sobre ciencia y economía. Y, aunque predominan las novelas, estas han cambiado en su contacto con otros géneros. La simpleza natural, el período épico de la literatura de mujeres puede haber pasado. La lectura y la crítica quizás le hayan dado más amplias perspectivas, mayor sutileza. El impulso hacia la autobiografía tal

vez se haya agotado. Las mujeres pueden estar comenzando a ver la literatura como un arte, en lugar de como un medio meramente expresivo. Entre estas novelas, quizás se encuentre la respuesta a este tipo de cuestiones.

¡Ah! Pero me encontré haciendo lo que me había prometido evitar. Había caído, sin darme cuenta, en el elogio de mi propio sexo; y elogiar al propio sexo es siempre sospechoso, a menudo algo tonto. Además, en este caso, ¿cómo podría justificarlo? No se podía tomar un mapa y argumentar que Colón descubrió América y que Colón era mujer; o señalar una manzana y afirmar que Newton descubrió las leyes de la gravedad y Newton era mujer; o mirar al cielo y decir que los aviones vuelan gracias a los inventos de una mujer. No hay una marca en la pared que demuestre la altura exacta de las mujeres. No existe un artefacto en metros prolijamente dividido en centímetros que pueda extenderse para medir con precisión las cualidades de una buena madre ni la devoción de una hija ni la fidelidad de una hermana ni la capacidad de un ama de casa.

Unas pocas mujeres recién ahora se han graduado en la universidad. Un número exiguo ha medido sus capacidades en las profesiones, como el ejército y la marina, el comercio, la política y la diplomacia. Aún hoy se encuentran sin clasificar. Pero si quisiera aprender todo lo que un ser humano puede decir sobre Sir Hawley Butts, por ejemplo, es suficiente con abrir el libro de Burke o el de Debrett y sabré que obtuvo este y aquel diploma, que es dueño de una mansión, que tiene un heredero-

ro, que fue secretario de un directorio, que representó a Gran Bretaña en Canadá, que recibió un cierto número de diplomas, cargos, medallas y otras distinciones que sus méritos estamparon indeleblemente en él. Solo Dios podría saber más acerca de Sir Hawley Butts.

Cuando, en consiguiente, elogio algún aspecto de las mujeres, me resulta imposible verificar mis palabras en Whitaker, Debrett o en el *Calendario Universitario*. ¿Qué hacer al respecto? Dirigí mi mirada nuevamente hacia la biblioteca. Allí estaban las biografías: Johnson, Goethe, Carlyle, Sterne, Cowper, Shelley, Voltaire, Browning y muchos otros. Comencé a pensar entonces en todos esos grandes hombres que por una u otra razón han admirado a alguien del sexo opuesto, la han buscado, han vivido con ella, han creído en ella, han hecho el amor con ella, han escrito sobre ella, han confiado en ella, y han mostrado lo que solo puede describirse como cierta necesidad o dependencia de una mujer. No podría afirmar que todas estas relaciones han sido absolutamente platónicas, y Sir William Joynson Hicks probablemente lo negaría. Pero no les haríamos justicia a estos hombres ilustres si insistiéramos en que no han recibido casi nada de estas alianzas, por fuera de contención, elogios y placeres carnales. Lo que recibieron, huelga decirlo, fue algo que su propio sexo no podía darles; y no sería apresurado tal vez explicarlo un poco más —sin recurrir a las palabras rapsódicas de los poetas— como un cierto estímulo, una especie de renovación de la capacidad creativa, lo cual solo es capaz de ofrecer el sexo

opuesto. Cada vez que él se asomaba a la habitación de los niños o de la sala de estar, pensé, ahí estaba ella tal vez con sus hijos, o cosiendo un bordado sobre la falda... en cualquier caso, ella aparecía como el centro de un orden diferente de la vida, y el contraste con el suyo propio (que podía ser el del juzgado, el del congreso) lo refrescaban y vigorizaban en el acto. Luego surgía, aun en la charla más simple, una natural diferencia de opiniones de tales características que hacía que las secas ideas de él, se nutrieran nuevamente, y verla crear en un medio diferente del suyo despabilaría su genio creativo de tal modo que su mente estéril volvería a trabajar, y pronto encontraría la frase o la escena propicia, que le resultaba imposible de imaginar cuando se puso el sombrero para ir a visitarla. Cada Johnson tiene su Thrale, y se aferra fuertemente a ella por razones como estas, y cuando Thrale se casa con su profesor de música italiana, Johnson medio que enloquece de ira y disgusto, no solo porque extrañará las agradables veladas en Streatham, sino porque será como si la luz de su vida «se hubiera apagado».

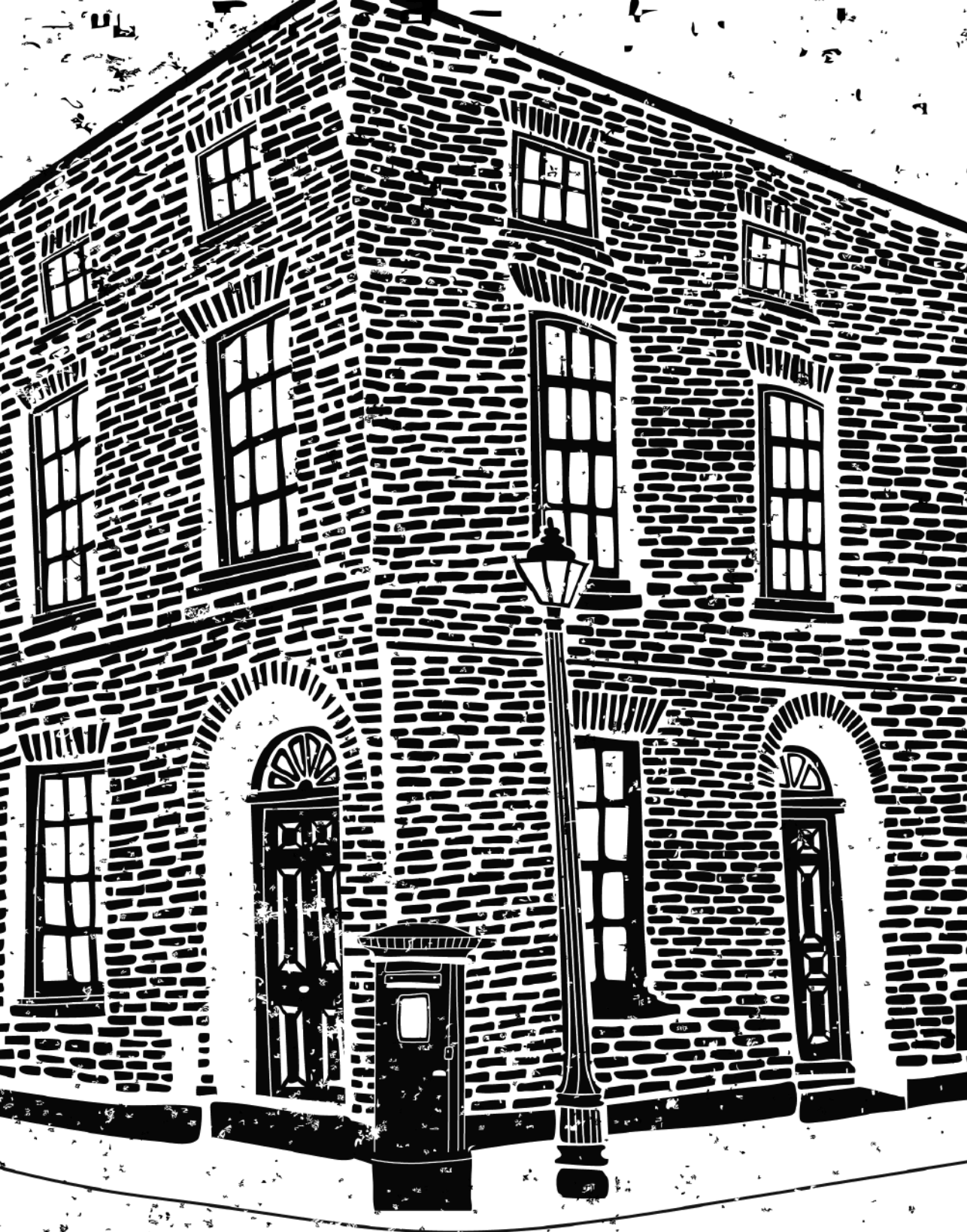
Sin ser el Dr. Johnson o Goethe o Carlyle o Voltaire, uno puede sentir, si bien de una manera muy diferente que la de estos grandes hombres, la naturaleza de esta compleja situación, y el poder de la facultad creativa, altamente desarrollada en la mujer. Al entrar a la habitación... pero necesitaríamos forzar demasiado los recursos de nuestra lengua y sería necesario que bandadas completas de palabras atravesaran los aires sin permiso y cobraran vida para que una mujer pudiera articular lo

que sucede cuando entra en una habitación. Las habitaciones difieren tanto unas de otras; son calmas o tormentosas; abiertas al mar o, por el contrario, dan a un patio de cárcel; contienen ropa colgada o están vivas con ópalos y sedas; son duras como el pelaje de un caballo o suaves como las plumas; es preciso simplemente entrar en un cuarto de cualquier calle para que toda esa fuerza extremadamente compleja de la feminidad le dé a uno de lleno en la cara. ¿Cómo podría ser de otro modo? Pues las mujeres han permanecido adentro por tantos millones de años que a esta altura hasta las paredes se han permeado de su fuerza creativa, la cual ha sobrecargado de tal modo los ladrillos y la argamasa que ahora necesita saltar a la pluma y el pincel, los negocios y la política.

Pero este poder creativo difiere enormemente del poder creativo de los hombres, y debe comprenderse que sería terrible si se desperdiciara o algo lo obstaculizara, porque se adquirió gracias a siglos de la más drástica disciplina, y no existe nada que pueda tomar su lugar. Qué lamentable sería si las mujeres tuvieran el aspecto de los hombres, porque si dos sexos parecerían ser algo bastante inadecuado para este mundo tan vasto y variado, ¿cómo sobreviviríamos solo con uno? ¿La educación no debería realzar y fortalecer las diferencias, en lugar de las similitudes? Pues ya tenemos demasiadas semejanzas tal como estamos, y nada sería mejor para la humanidad que si un explorador volviera con la novedad de que otros sexos observan otros cielos a través de las ramas de otros árboles.

« Las habitaciones difieren tanto unas de otras; son calmas o tormentosas; abiertas al mar o, por el contrario, dan a un patio de cárcel; contienen ropa colgada o están vivas con ópalos y sedas; son duras como el pelaje de un caballo o suaves como las plumas; es preciso simplemente entrar en un cuarto de cualquier calle para que toda esa fuerza extremadamente compleja de la feminidad le dé a uno de lleno en la cara. »





SEIS

Al día siguiente, la luz de la mañana de octubre caía en rayos polvorientos a través de las ventanas sin cortinas y el murmullo del tráfico subía desde la calle. Londres comenzaba a ponerse en marcha otra vez, la fábrica se activaba, las máquinas comenzaban a funcionar. Después de toda esa lectura, era tentador mirar por la ventana y mirar lo que estaba haciendo en la mañana del 26 de octubre de 1928. ¿Qué estaba haciendo Londres? Nadie parecía estar leyendo *Antonio y Cleopatra*. Londres era por completo indiferente, en apariencia al menos, a las obras de Shakespeare. A nadie le importaba un comino (y no los culpo) el futuro de la literatura, la muerte de la poesía o el desarrollo que realizara la mujer corriente de un estilo de prosa que expresara por completo su modo de pensar. Si en la vereda se hubieran escrito con tiza opiniones sobre estas cuestiones, nadie se habría parado a leerlas. La indiferencia de los pies apurados

las habría borrado en media hora. Aquí venía un cadete; por allí pasaba una señora con su perro. Lo fascinante de las calles de Londres es que jamás se encuentran dos personas iguales; cada uno parece inmerso en su asunto personal. Estaba allí la gente de negocios, con sus maletines; estaban los vagabundos, golpeando palitos en las rejas; estaban los personajes simpáticos que usan las calles como un club, saludando a los autos y dando información cuando nadie la pedía. También estaban los funerales y algunos hombres que, de pronto conscientes de su propia muerte, se inclinaban respetuosamente a su paso. Y luego un hombre muy distinguido que bajaba los escalones de un edificio se detuvo de pronto para evitar chocar con una señora apresurada que había adquirido, por algún medio u otro, un tapado de piel espléndido y un ramo de violetas de Parma. Todos parecían independientes, ensimismados, ocupados en sus propios temas.

En ese momento, como tan a menudo sucede en Londres, hubo un instante de calma y el tránsito quedó en suspenso. Nada vino por la calle, nadie pasó. Solo una hoja se desprendió del plátano al final de la calle y, en esa pausa y suspensión, cayó. De alguna manera fue como una señal, una señal indicando cierta fuerza en las cosas que hasta entonces se nos hubiera escapado. Parecía sugerir la existencia de un río que fluía, invisible, a la vuelta de la esquina, calle abajo, y arrastraba a la gente en remolinos. Ahora traía en diagonal de una vereda a la otra a una muchacha con botas de charol y luego a un joven de sobretodo bordó; también traía un taxi, y los tres desembocaron en un pun-



to directamente bajo mi ventana, donde el taxi frenó, y la muchacha y el joven frenaron; ellos se subieron al taxi, que se deslizó como si fuera arrastrado por la corriente hacia otra parte.

La escena era bastante común; lo extraño era el orden rítmico que mi imaginación le había otorgado, y el hecho de que el espectáculo de dos personas subiendo a un taxi tuviera el poder de comunicar algo de su propia aparente satisfacción. Observar a dos personas cruzar la calle y reunirse en una esquina parece

aliviar la mente de alguna presión, pensé, mirando que el taxi doblaba en la esquina y huía. Tal vez pensar a un sexo como diferente del otro, como había hecho durante los últimos dos días, requiere de esfuerzo. Interfiere con la unidad del pensamiento.

Ahora ese esfuerzo se había interrumpido y yo había recuperado la unidad al observar a dos personas tomar un taxi juntas. La mente es sin dudas un órgano muy misterioso —reflexioné retirando la mirada de la calle—, del cual nada se sabe, si bien dependemos por completo de él. ¿Por qué siento que hay disensos y oposiciones en la mente, como hay tensiones en el cuerpo producidas por causas evidentes? ¿Qué significa «unidad del pensamiento»? me pregunté, pues claramente el pensamiento tiene un poder de concentración tan grande —en cualquier punto, en cualquier momento— que no parece tener un único estado. Tiene la capacidad de separarse de la gente de la calle, por ejemplo, y pensar en sí mismo como algo diferente de ellos, mirándolos desde una ventana. O puede pensar con otra gente espontáneamente, como en una multitud a la espera de una noticia. Puede volver al pasado a través de sus padres o de sus madres, como señalé antes al decir que la escritura de una mujer recurre a la experiencia de su madre. Además, si una es una mujer, a menudo se ve sorprendida por una repentina división de la conciencia, digamos, al caminar por Whitehall; si bien una es la heredera natural de esa civilización, se siente al mismo tiempo, por el contrario, por fuera, extraña y crítica de ella. Es notorio que el pensamiento está siempre alterando su enfoque y

observando el mundo desde diversas perspectivas. Sin embargo, algunos de los estados de la mente, aunque se adopten voluntariamente, parecen ser menos agradables que otros. Para lograr mantenerlos, inconscientemente hay algo que se reprime, y con el tiempo este movimiento se vuelve un esfuerzo. Pero puede haber algún estado donde uno permanezca sin esfuerzo, uno que no exija que nada se reprima. Este, quizás, pensé regresando a la habitación, sea uno de ellos. Pues cuando miré a la pareja subir al taxi, sentí que mi pensamiento, después de haber estado dividido, se había reunido en una fusión natural. La razón evidente sería que es natural cooperar para los sexos. Tenemos un profundo, si bien irracional, instinto en favor de la teoría de que la unión del hombre y la mujer ofrece la mayor satisfacción, la felicidad más completa. El estado cómodo y normal es aquel en que los dos viven juntos en armonía, cooperando espiritualmente.

Si uno es un hombre, también tiene que tener efecto la parte femenina de su cerebro; y una mujer también tiene que tener relación con la parte masculina en ella. Coleridge tal vez se refería a esto cuando dijo que las grandes mentes son andróginas. La mente se enriquece y utiliza todas sus facultades cuando tiene lugar esta fusión. Quiso decir, acaso, que la mente andrógina es reverberante y porosa; que transmite emoción sin impedimento; que es creativa por naturaleza, incandescente e indivisa. De hecho, uno recurre a la mente de Shakespeare como ejemplo del tipo de mente andrógina, masculino-femenina, aunque sea imposible saber lo que Shakespeare pensaba de las mujeres. Y si

fuera cierto que no considerar a los sexos por separado es una de las pruebas de una mente desarrollada por completo, cuánto más difícil que antes es hoy alcanzar esta condición. Me dirigí entonces a los libros escritos por autores vivos; allí me detuve y me pregunté si este hecho no estaría en la base de algo que me había desconcertado por algún tiempo. Ninguna otra época podía haber sido consciente del sexo tan ruidosamente como la nuestra; los innumerables libros que guarda el Museo Británico sobre las mujeres escritos por todos esos hombres son prueba de ello.

La campaña en favor del voto femenino era sin dudas la culpable. Debió despertar en los hombres un deseo extraordinario de autoafirmación; debe haber llevado a los hombres a otorgar un nuevo énfasis a su propio sexo y sus características, que no se habrían molestado en considerar de no haber sido desafiados. Y cuando a uno lo desafían, aunque lo haga un pequeño grupo de mujeres con sombreros negros, uno reacciona; si no ha sido antes desafiado, la reacción puede ser excesiva. Esto puede explicar algunas de las características que recuerdo haber encontrado aquí, pensé tomando la última novela del Sr. A., que se encuentra en la flor de la vida y goza de una excelente reputación, parece, según los críticos. La abrí. ¡Ah! Era maravilloso volver a leer la prosa masculina. Era tan directo, sonaba tan sincero después de leer la prosa de las mujeres. Mostraba tal libertad de pensamiento y soltura personal, tal confianza a sí mismo. Uno sentía bienestar físico en presencia de esta mente libre, bien alimentada y educada, a la que nunca habían frus-

trado y que jamás había encontrado obstáculos, sino que había tenido desde su nacimiento plena libertad para desarrollarse del modo que más le gustara. Todo esto era admirable. Sin embargo, después de leer uno o dos capítulos me pareció ver una sombra extenderse sobre la página. Era una barra oscura, una sombra de forma parecida a la palabra «yo». Comenzaba entonces a inclinarme a uno y otro lado, intentando captar algo del paisaje detrás de la sombra. No podía estar segura de si era un árbol o una mujer caminando. Una y otra vez me atrapaba la sombra, y yo comenzaba a cansarme del «yo».

Era sin dudas el «yo» más respetable, honesto y lógico; duro como una nuez y pulido por siglos de buena enseñanza y buena alimentación. Respeto y admiro ese «yo» desde el fondo de mi corazón. Pero... pasé unas páginas más, buscando algo u otra cosa... lo peor de aquello era que en la sombra del «yo» todo se veía sin forma, como la niebla. ¿Eso es un árbol? No, es una mujer. Pero... ¡no tiene ni un hueso en el cuerpo! En ese ánimo inquieto con que uno toma libros de la biblioteca para regresarlos sin siquiera haberlos hojeado, comencé a imaginar una era futura de virilidad pura y afirmativa, tal como prefiguraban las cartas de los profesores (recordemos las cartas de Sir Walter Raleigh, por ejemplo), y los gobernantes de Italia ya han comenzado. Imposible negar que uno en Roma puede sentir esa masculinidad absoluta; y más allá del valor que pudiera tener la masculinidad absoluta para el estado, es posible cuestionar su efecto sobre el arte de la poesía. En cualquier caso, según

los periódicos, hay cierta preocupación en Italia sobre la literatura. Han organizado una reunión académica con el objeto de «fomentar la novela italiana». «Hombres famosos por su cuna, o del mundo de los negocios, la industria o las corporaciones fascistas» se reunieron recientemente para tratar el asunto, y se envió un telegrama al Duce que expresaba el anhelo de que «la era fascista pronto vea el nacimiento de un poeta digno de ella». Podríamos todos unirnos en tan piadosa esperanza, pero es dudoso que la poesía pueda nacer de una incubadora. La poesía debe tener tanto un padre como una madre. El poema fascista, uno puede temer, será un pequeño y horrible aborto como los que se ven en frascos de vidrio en el museo de alguna ciudad de provincias. Esos monstruos nunca viven demasiado, se dice; jamás se ha visto un prodigio de esa clase cortando el pasto en el campo. Dos cabezas en un cuerpo no contribuyen a una vida longeva.

En nuestro tiempo, Proust fue por completo andrógino, si no se inclinó demasiado hacia lo femenino. Pero ese exceso ocurre en muy raras ocasiones, no se justifica que nos quejemos de él, pues sin esa clase de mezcla, el intelecto parece predominar y las otras facultades de la mente se endurecen y se vuelven estériles. Sin embargo, me consolé pensando que esta quizás sea una fase pasajera; mucho de lo que he dicho al mantener mi palabra de ofrecerles el camino de mi pensamiento parecerá anticuado; mucho de lo que hoy brilla a mis ojos será dudoso para ustedes que aún no son mayores de edad.

Aun así, la primera frase que escribiría aquí, dije cruzando el cuarto hacia el escritorio y tomando la página titulada «Las mujeres y la literatura», afirmarí­a que para cualquiera que escriba pensar en su sexo es fatal. Es fatal ser un hombre o una mujer pura y simplemente; es imperioso ser una mujer algo masculina o un hombre algo femenino. Es fatal para una mujer remarcar aunque sea mínimamente sus desdichas; defender cualquier causa aunque tenga razón; hablar de cualquier manera conscientemente como una mujer. Y decir «fatal» no es una mera figura retórica, pues cualquier cosa escrita con semejante tendencia de manera consciente está condenada a morir. Deja de ser fertilizada. Sin importar cuán brillante y efectivo, poderoso y magistral resulte por uno o dos días, se marchitará con el crepúsculo, no podrá crecer en la mente de otros. Debe acontecer algún tipo de colaboración en el pensamiento entre la mujer y el hombre para que se alcance el arte de la creación. Debe consumarse algún tipo de matrimonio de opuestos. La mente completa del escritor debe permanecer totalmente abierta para que se pueda percibir que comunica absolutamente su experiencia. Tiene que haber libertad, tiene que haber paz. Ningún engranaje debe chirriar, no debe parpadear ninguna luz. Las cortinas deben permanecer corridas. El escritor, pensé, al finalizar su experiencia, debe recostarse y dejar que el pensamiento celebre sus nupcias en la oscuridad. No debe mirar o cuestionar lo que está sucediendo. Por el contrario, debe deshojar alguna rosa u observar los cisnes deslizarse tranquilamente por el río. Y volví a ver la corriente

que llevó al bote, al estudiante y a las hojas secas; y el taxi transportó al hombre y a la mujer, pensé, viéndolos atravesar juntos la calle; y la corriente los arrastró, pensé, escuchando a lo lejos el clamor del tránsito de Londres, hacia aquel tremendo río.

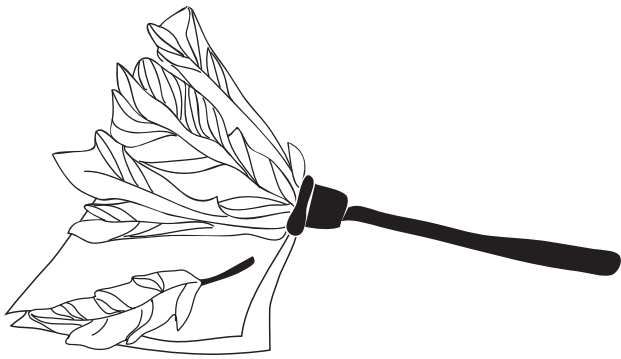
Por ello les pediré que escriban toda clase de libros y que no duden de tema alguno, sin importar lo trivial o lo vasto que parezca. De una forma u otra, espero que cuenten con dinero suficiente para viajar y descansar, para contemplar el futuro o el pasado del mundo, para soñar al leer libros, deambular por las calles y dejar que su línea de pensamiento se hunda profundamente en la corriente. Pues de ninguna manera creo que deban limitarse a la ficción. Si me dieran el gusto (y hay miles como yo) escribirían libros sobre viajes y aventuras, académicos y de investigación, historia y biografía, crítica y filosofía y ciencia. Al hacerlo, beneficiarán desde luego al arte de la ficción, porque los libros influyen unos en otros. La ficción será mejor al contacto de la poesía y la filosofía. Además, si piensan en cualquiera de las grandes figuras del pasado, como Safo o Murasaki, como Emily Brontë, se darán cuenta de que ella es también tanto heredera como iniciadora, y ha surgido porque las mujeres han llegado a escribir de manera natural, de modo que incluso como preludeo a la poesía, esa actividad sería para ustedes invaluable.

Por otra parte, cuando releo mis notas y analizo mi propia línea de pensamiento tal como la he plasmado, encuentro que mis razones no fueron del todo egoístas. Estos comentarios y debates se encuentran atravesados por la convicción (¿o es el

instinto?) de que los buenos libros son deseables y los buenos escritores, aunque muestren cada variedad de la depravación humana, son buenas personas. En consecuencia, cuando les pido que escriban más libros, las estoy alentando a hacer algo que será en su propio beneficio y también en beneficio del mundo en general. No sabría cómo justificar este instinto o esta creencia, pues cuando uno no se ha educado en la universidad, los términos filosóficos nos engañan. ¿Qué se entiende por «realidad»? Parecería ser algo muy errático, muy poco confiable, que se encuentra tanto en un camino polvoriento, como en un pedazo de diario tirado en la calle y en un narciso al sol. Ilumina a un grupo en un cuarto y resalta alguna frase dicha al pasar. Nos maravilla al volver a casa caminando bajo a las estrellas y hace que el mundo en silencio se sienta más real que el mundo de las palabras... y ahí está otra vez en un ómnibus, en el tumulto de Piccadilly. Y, a veces, anida en formas demasiado alejadas como para que podamos discernir su naturaleza. Sin embargo, fija y vuelve permanente todo lo que toca. Es lo que queda cuando la piel del día ha sido arrojada a los arbustos, lo que perdura del pasado y nuestros amores y odios. Ahora bien, el escritor, según creo, tiene la posibilidad de vivir más que las otras personas en presencia de esta realidad. Justamente su tarea es hallarla y recogerla para comunicarla al resto de nosotros.

Al menos eso es lo que deduzco después de leer *El rey Lear*, *Emma* o *En busca del tiempo perdido*, pues la lectura de estos libros actúa como una cirugía de cataratas en los sentidos: después

de ellos uno ve más intensamente, parece como si al mundo le hubieran quitado el velo que lo cubría y lo hubieran dotado de una vida más intensa. Estas son las personas dichosas que viven en pugna con la irrealidad; y son también las personas dignas de compasión, a quienes golpea en la cabeza lo que se hace sin saber o sin comprometerse. Entonces, cuando les pido que ganen dinero y tengan un cuarto propio, les estoy pidiendo que vivan en presencia de la realidad, una vida estimulante, pareciera, aunque no se llegue a comunicarla.



Índice

<i>UNO</i>	15
<i>DOS</i>	21
<i>TRES</i>	45
<i>CUATRO</i>	63
<i>CINCO</i>	75
<i>SEIS</i>	85

Esta edición se terminó de imprimir en
A toda tinta impresos,
San Martín 1863, Santo Tomé, Santa Fe, Argentina,
en el mes de mayo de 2018.